

¡Santa Pascua 2024!

¡Cristo ha RESUCITADO!

*Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos...
(cfr. 2 Tim. 2,8)*

¡Santa Pascua a todos nuestros lectores!

Soy salesiano y soy un bororo

Diario de una feliz y bendecida jornada misionera.

Queridos amigos del Boletín Salesiano, os escribo desde Meruri, en el estado de Mato Grosso do Sul. Escribo este saludo casi como si fuera una crónica periodística, porque han pasado 24 horas desde que llegué al centro de esta ciudad.

Pero mis hermanos salesianos llegaron hace 122 años y desde entonces siempre hemos estado en esta misión en medio de los bosques y campos, acompañando la vida de este pueblo indígena.

En 1976, un salesiano y un indio fueron despojados de sus vidas con dos disparos (por “facendeiros” o grandes terratenientes), porque pensaban que los salesianos de la misión eran un problema para poder apoderarse de otras propiedades en estas tierras que pertenecen al pueblo Boi-Bororo. Eran el Siervo de Dios Rodolfo Lunkenbein, salesiano, y el indio Simao Bororo.

Y aquí pudimos vivir ayer muchos momentos sencillos: nos recibió la comunidad indígena a nuestra llegada, les saludamos -sin prisas- porque aquí todo es tranquilo. Celebramos la Eucaristía dominical, compartimos arroz y feijoada (guiso de judías), y disfrutamos de una

conversación amable y cálida.

Por la tarde, me habían preparado una reunión con los líderes de las distintas comunidades; estaban presentes algunas mujeres líderes (en varias aldeas la mujer es quien tiene la máxima autoridad). Mantuvimos un diálogo sincero y profundo. Me transmitieron sus reflexiones y me expusieron algunas de sus necesidades.

En uno de estos momentos, tomó la palabra un joven Boi Bororo Salesiano. Es el primer bororo que se hace salesiano después de 122 años de presencia salesiana. Esto nos invita a reflexionar sobre la necesidad de dar tiempo a todo; las cosas no son como pensamos y queremos que sean de la manera eficiente e impaciente de hoy en día.

Y este joven salesiano habló así frente a su pueblo, su gente y sus dirigentes o autoridades: “Soy salesiano pero también soy bororo; soy bororo pero también soy salesiano, y lo más importante para mí es que nací en este mismo lugar, que conocí a los misioneros, que supe de los dos mártires, el Padre Rodolfo y Simao, y vi crecer a mi pueblo y a mi gente, gracias a que **mi gente caminó junto a la misión salesiana y la misión caminó junto a mi gente**. Eso sigue siendo lo más importante para nosotros, caminar juntos.

Pensé por un momento en lo orgulloso y feliz que se habría sentido Don Bosco al saber que uno de sus hijos salesianos pertenecía a este pueblo (como otros salesianos que provienen del pueblo Xavante o Yanomani).

Al mismo tiempo, en mi discurso les aseguré que queremos seguir caminando a su lado, que queremos que hagan todo lo posible para seguir cuidando y salvando su cultura -y su lengua- con toda nuestra ayuda. Les dije que estoy convencido de que nuestra presencia les ha ayudado, pero también estoy convencido de lo bueno que es para nosotros estar con ellos.

“¡Adelante!”, dijo la Pastora.

Pensé en el último sueño misionero de Don Bosco: y

en aquella Pastorcita, que se detuvo junto a Don Bosco y le dijo: “¿Recuerdas el sueño que tuviste cuando tenías nueve años? Mira ahora, ¿qué ves?”. “Veo montañas, luego mares, luego colinas, luego otra vez montañas y mares”.

“Bien”, dijo la Pastora, “ahora traza una sola línea de un extremo a otro, desde Santiago a Pekín, haz un centro en medio de África, y tendrás una idea exacta de lo que tienen que hacer los Salesianos”. “Pero, ¿cómo hacer todo esto? – exclamó Don Bosco- Las distancias son inmensas, los lugares difíciles y los Salesianos pocos”. “No os disgustéis. Tus hijos, los hijos de tus hijos y sus hijos lo harán”. Lo están haciendo.

Desde el comienzo de nuestro camino como congregación, guiados (y amorosamente “empujados”) por María Auxiliadora, Don Bosco envió los primeros misioneros a Argentina. Somos una congregación reconocida con el carisma de la educación y evangelización de los jóvenes, pero también somos una congregación y una familia muy misionera. Desde los comienzos hasta hoy, han pasado más de once mil misioneros salesianos *sdb* y varios miles de Hijas de María Auxiliadora. Y hoy, nuestra presencia entre este pueblo indígena, que cuenta con 1940 miembros y sigue creciendo poco a poco, tiene mucho sentido después de 122 años, porque están en la periferia del mundo, pero de un mundo que a veces no entiende que debe respetar lo que son.

También hablé con la matriarca, la más anciana de todos ellos, que vino a saludarme y a hablarme de su pueblo. Y después de una lluvia torrencial, en el lugar del martirio, con gran serenidad, nos sentamos a rezar el rosario en una hermosa tarde de domingo (ya había oscurecido). Éramos muchos los que representábamos la realidad de esta misión: abuelas, abuelos, adultos, madres jóvenes, bebés, niños pequeños, religiosos consagrados, laicos... Una riqueza en la sencillez de esta pequeña parte del mundo que no tiene poder, pero que también es elegida y favorecida por el Señor, como nos dice en el Evangelio.

Y sé que seguiremos así, si Dios quiere, durante

muchos años, porque se puede ser un Bororo y un hijo de Don Bosco, y ser un hijo de Don Bosco y un Bororo que ama y se preocupa por su pueblo y su gente.

En la sencillez de este encuentro, hoy ha sido un gran día de vida compartida con los pueblos indígenas. Un gran día misionero.

P. José Luis Carreño Etxeandía. Un Salesiano con el Corazón de Jesús

El P. José Luis Carreño ha sido descrito por el historiador Joseph Thekkedath como “el salesiano más querido en el sur de la India” a principios del siglo XX. En todos los lugares donde vivió -ya sea la India, Filipinas o España- encontramos salesianos que guardan un grato recuerdo de él. Sin embargo, por extraño que parezca, aún no disponemos de una buena biografía de este gran salesiano. Esperamos remediarlo pronto. El P. Carreño fue uno de los arquitectos de la región del Sur de Asia y no podemos permitirnos olvidarlo.

José Luis Carreño Etxeandía nació en Bilbao, España, el 23 de octubre de 1905. En vísperas de su ordenación en 1932, se ofreció voluntario para las misiones extranjeras y fue enviado a la India, desembarcando en Bombay en 1933. Sólo un año después, cuando se creó la Provincia de la India Meridional, fue nombrado maestro de novicios en Tirupattur: sólo tenía 28 años. Con sus extraordinarias cualidades de mente y corazón, se convirtió rápidamente en el alma de la casa y dejó una profunda impresión en sus novicios. “Nos conquistó su corazón paternal”, escribió uno de sus novicios, el arzobispo Hubert D’Rosario. El padre Joseph Vaz, otro

novicio, contaba a menudo cómo Carreño se daba cuenta de que estaba temblando durante una conferencia. “Espere un momento, hombre”, dijo el maestro de novicios y salió. Al poco rato volvió con un jersey azul, que le entregó a Joe. Joe notó que el jersey estaba extrañamente caliente. Entonces recordó que el maestro de novicios había llevado algo azul bajo la sotana, que ahora había desaparecido. Carreño le había dado su jersey.

En 1942, cuando el gobierno británico internó en la India a todos los extranjeros que pertenecían a países en guerra con Gran Bretaña, Carreño, que pertenecía a un país neutral, no fue molestado. En 1943, recibió un mensaje de Radio Vaticano en el que se le comunicaba que ocuparía el lugar de Eligio Cinato, provincial de la provincia del Sur, que también fue internado. Al mismo tiempo, el obispo Louis Mathias de Madrás le invitó a convertirse en su vicario general. En 1945, fue nombrado oficialmente provincial, cargo que ocupó de 1945 a 1951. Uno de sus primeros actos fue consagrar la provincia al Sagrado Corazón de Jesús. Muchos salesianos estaban convencidos de que el extraordinario crecimiento de la Inspectoría del Sur se debía a este acto. Los centros salesianos duplicaron su tamaño bajo la dirección del P. Carreño. Uno de sus actos de mayor alcance fue fundar un colegio universitario en la remota y pobre aldea de Tirupattur. El Colegio del Sagrado Corazón transformó todo el distrito.

Carreño también fue el principal responsable de “ndianizar” el rostro de los Salesianos en la India, buscando inmediatamente vocaciones locales en lugar de confiar únicamente en los misioneros. Fue una política maravillosamente providencial: cuando la India independiente decidió no conceder visados a nuevos misioneros extranjeros, a los Salesianos no les pilló desprevenidos. “Si hoy hay más de dos mil Salesianos en la India, el mérito de este crecimiento se debe a las políticas iniciadas por el P. Carreño”, dice el P. Thekkedath en su historia de los Salesianos en la India.

El P. Carreño, como hemos dicho, no sólo fue

provincial, sino también vicario del obispo Mathias. Estos dos grandes hombres que se admiraban mutuamente tenían también caracteres muy diferentes. El arzobispo era partidario de fuertes medidas disciplinarias contra los hermanos descarriados, mientras que el P. Carreño abogaba por procedimientos más suaves. El visitador extraordinario, P. Fedrigotti, parece haberse puesto de parte del arzobispo, calificando al P. Carreño de "excelente religioso, hombre de gran corazón", pero "un poco demasiado poeta". Algunos otros también afirmaron que don Carreño era un mal administrador, pero es interesante que un hombre como don Aurelio Maschio negara rotundamente esta afirmación. El hecho es que don Carreño fue un innovador y un visionario. Algunas de sus ideas -como traer voluntarios no salesianos para que sirvieran durante unos años, por ejemplo- estaban mal vistas en aquella época, pero hoy se promueven activamente.

En 1952, tras terminar su mandato como provincial, el P. Carreño fue destinado a Goa, donde permaneció hasta 1960. "Goa fue amor a primera vista", escribió en La urdimbre en el telar. Goa, a su vez, le acogió en su corazón. En aquella época, los salesianos ejercían de directores espirituales y confesores del seminario diocesano y del clero, y el P. Carreño fue incluso patrón de la asociación local de escritores konkani. Los primeros salesianos de Goa, como Thomas Fernandes, Elías Díaz y el difunto Rómulo Noronha, contaban con lágrimas en los ojos cómo el P. Carreño y otros iban al hospital del Colegio Médico de Goa, situado cerca, para donar sangre y comprar comida y otras cosas para los chicos.

En 1962, el P. Carreño fue trasladado de nuevo, esta vez a Filipinas, como Rector y Director de Novicios en Canlubang. En 1967 -debido a las diferencias entre los misioneros de China y los de la India- fue enviado de nuevo a España. Pero tanto en Filipinas como en la India, sus novicios no pueden evitar recordar a este hombre extraordinario y la impresión que dejó en ellos. En España fundó una "Casa Misionera" y continuó su apostolado de la pluma. Dejó más de

30 libros, así como himnos como el hermoso “Cor Iesu sacratissimum” y canciones más populares como “Kotagiri en la montaña”.

El padre José Luis Carreño murió en 1986 en Pamplona, España, a la edad de 81 años. A pesar de los avatares de su vida, este gran enamorado del Sagrado Corazón de Jesús pudo decir en las bodas de oro de su ordenación sacerdotal: “Si hace cincuenta años mi lema de joven sacerdote era ‘Cristo lo es todo’, hoy, viejo y abrumado por su amor, lo escribiría en oro macizo, porque en realidad CRISTO LO ES TODO”.

don Ivo Coelho, sdb

Consejero para la Formación

Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (4/13)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

Capítulo V. Devoción de los primeros cristianos a la Santísima Virgen María.

Los mismos fieles de la Iglesia primitiva recurrían constantemente a María como poderosa auxiliadora de los cristianos. Prueba de ello es la conmoción general causada por la noticia de su inminente partida del mundo.

No sólo los que estaban en Jerusalén, sino también los fieles que aún se encontraban en los alrededores de la ciudad, se agolpaban en torno a la pobre casa de María, anhelando contemplar una vez más aquel rostro bendito. Conmovida al verse rodeada de tantos hijos que le mostraban

con lágrimas el amor que le profesaban y la pena que sentían por tener que separarse de ella, les hizo la más cálida de las promesas: que les asistiría desde el cielo, que en el cielo, a la diestra de su divino Hijo, tendría mayor poder y autoridad y haría todo lo posible por el bien de la humanidad. He aquí cómo San Juan Damasceno relata este maravilloso acontecimiento:

En el tiempo de la gloriosa Dormición de la Santísima Virgen, todos los santos Apóstoles, que recorrían el orbe de la tierra para la salvación de las naciones, fueron en un momento transportados a Jerusalén. Allí se les apareció una visión de ángeles y se oyó una dulce armonía de potencias celestiales, y así María, rodeada de gloria divina, entregó su santa alma en las manos de Dios. Luego su cuerpo transportado con el canto de los Ángeles y Apóstoles, fue colocado en un ataúd y llevado a Getsemaní, en cuyo lugar se escuchó el canto de los Ángeles durante tres días continuos. Después de tres días cesó el canto angélico. Santo Tomás, que no había estado con los demás Apóstoles a la muerte de María, llegó al tercer día, y habiendo manifestado el más ferviente deseo de venerar aquel cuerpo que había sido morada de un Dios, los Apóstoles que aún estaban allí abrieron el sepulcro, pero en ninguna parte pudieron encontrar el sagrado cuerpo de ella. Pero habiendo encontrado los paños en que había sido envuelta, que exhalaban un olor dulcísimo, cerraron el sepulcro. Quedaron muy asombrados por este milagro y sólo pudieron concluir que Aquel que había querido tomar carne de la Virgen María, hacerse hombre y nacer, aunque era Dios, el Verbo y el Señor de la gloria, y que después del nacimiento conservó intacta su virginidad, quiso también que su cuerpo inmaculado después de la muerte, conservándolo incorrupto, fuera honrado transportándolo al cielo antes de la resurrección común y universal (San Juan Damasceno).

Una experiencia de dieciocho siglos nos muestra del modo más luminoso que María continuó desde el cielo y con el mayor éxito la misión de madre de la Iglesia y auxiliadora de los cristianos que había comenzado en la tierra. Las

innumerables gracias obtenidas después de su muerte hicieron que su culto se difundiera con la mayor rapidez, de modo que, incluso en aquellos primeros tiempos de persecución, allí donde aparecía el signo de la religión católica, allí podía verse también la imagen de María. En efecto, desde los días en que María aún vivía, ya se encontraban muchos devotos suyos, que se reunían en el Monte Carmelo y allí, viviendo juntos en comunidad, se consagraban por entero a María.

No desagrada al devoto lector que relatemos este hecho tal como se narra en el Oficio de la Santa Iglesia bajo la Fiesta de la Santísima Virgen del Monte Carmelo, el 16 de julio.

En el sagrado día de Pentecostés, habiendo sido los Apóstoles llenos del Espíritu Santo, muchos fervientes creyentes (*viri plurimi*) se habían entregado a seguir el ejemplo de los santos profetas Elías y Eliseo, y a la predicación de Juan el Bautista se habían preparado para la venida del Mesías. Al ver verificadas las predicciones que habían oído del gran Precursor, abrazaron inmediatamente la fe evangélica. Luego, viviendo aún la Santísima Virgen, le tomaron especial afecto y la honraron tanto que en el monte Carmelo, donde Elías había visto subir aquella nubecilla, que era una figura distinguida de María, construyeron un pequeño santuario a la misma Virgen. Allí se reunían todos los días con piadosos ritos, oraciones y alabanzas y la veneraban como singular protectora de la Orden. Aquí y allá empezaron a llamarse hermanos de la bienaventurada Virgen del Carmen. Con el tiempo, los sumos pontífices no sólo confirmaron este título, sino que concedieron indulgencias especiales. María entonces dio ella misma el nombre, concedió su asistencia a este instituto, estableció para ellos un sagrado escapulario, que dio al bienaventurado Simón Stock para que por este hábito celestial se distinguiese aquella sagrada orden y los que lo llevasen estuviesen protegidos de todo mal.

Tan pronto como los Apóstoles llegaron a nuestras tierras para traer la luz del Evangelio, no tardó en surgir en Occidente la devoción a María. Quienes visitan las catacumbas

de Roma, y nosotros somos testigos oculares de ello, encuentran todavía en esas mazmorras antiguas imágenes que representan bien las bodas de María con San José, bien la ascensión de María al cielo, y otras que representan a la Madre de Dios con el Niño en brazos.

Un célebre escritor afirma que “en los primeros tiempos de la Iglesia, los cristianos produjeron un tipo de la Virgen de la manera más satisfactoria que la condición del arte en aquella época podía haber requerido. El sentimiento de modestia que resplandecía, según San Ambrosio, en estas imágenes de la Virgen, prueba que, a falta de una efigie real de la Madre de Dios, el arte cristiano supo reproducir en ella la semejanza de su alma, esa belleza física símbolo de perfección moral que no se podía dejar de atribuir a la Virgen divina. Este carácter se encuentra también en ciertas pinturas de las catacumbas, en las que se pinta a la Virgen sentada con el Niño Jesús sobre sus rodillas, unas veces de pie y otras de medio cuerpo, siempre de una manera que parece ajustarse a un tipo hierático”.

“En las catacumbas de Santa Inés, escribe Ventura, fuera de Porta Pia, donde se pueden ver no sólo tumbas, sino oratorios todavía de cristianos del siglo II llenos de inmensas riquezas de arqueología cristiana y preciosos recuerdos del cristianismo primitivo, se encuentran en gran abundancia imágenes de María con el divino Niño en brazos que atestiguan la fe de la Iglesia antigua sobre la necesidad de la mediación de María para obtener gracias de Jesucristo, y sobre el culto a las imágenes sagradas que la herejía ha intentado destruir, tachándolas de novedades supersticiosas”.

Capítulo VI. La B. Virgen explica a San Gregorio [Taumaturgo] los misterios de la fe. – Castigo de Nestorio.

Aunque la santa Virgen María se ha mostrado en todo tiempo auxilio de los cristianos en todas las necesidades de la vida, parece que quiso de un modo particular manifestar su poder cuando la Iglesia fue atacada en las verdades de la fe, ya por la herejía, ya por las armas enemigas. Recogemos

aquí algunos de los acontecimientos más gloriosos que todos concurren a confirmar lo que está escrito en la Biblia. Tú eres como la torre de David, cuyo edificio está rodeado de murallas; mil escudos cuelgan alrededor, y toda clase de armaduras de los más valientes (Cant. 4, 4). Veamos ahora cómo se verifican estas palabras en los hechos de la historia eclesiástica.

Hacia mediados del siglo III vivió san Gregorio, conocido como taumaturgo por la multitud de milagros que realizó. Como el obispo de Neocesarea, su patria, había muerto, San Fedimo, arzobispo de Amasea, de quien aquél dependía, pensó en elevar a San Gregorio a ese obispado. Pero, considerándose indigno de tan sublime dignidad, se ocultó en el desierto; es más, para no ser encontrado, iba de una soledad a otra; pero San Fedimo, iluminado por el Señor, lo eligió obispo de Neocesarea a pesar suyo, aunque ausente.

Aquella diócesis seguía adorando a falsas divinidades, y cuando s. Gregorio sólo tenía 17 cristianos en total. Gregorio se sintió muy consternado cuando se vio obligado a aceptar una dignidad tan alta y peligrosa, sobre todo porque en aquella ciudad había quienes hacían una mezcla monstruosa de los misterios de la fe con las ridículas fábulas de los gentiles. Rogó, pues, Gregorio a Fedimo que le concediese algún tiempo para instruirse mejor en los sagrados misterios, y pasaba noches enteras en el estudio y la meditación, encomendándose a la Santísima Virgen, que es la madre de la sabiduría, y de la que era muy devoto. Sucedió una noche que, tras larga meditación sobre los sagrados misterios, se le apareció un venerable anciano de celestial belleza y majestad. Asombrado ante tal espectáculo, le preguntó quién era y qué deseaba. El anciano le tranquilizó amablemente y le dijo que había sido enviado por Dios para explicarle los misterios que meditaba. Al oír esto, con gran alegría se puso a mirarle, y con la mano le señaló otra aparición en forma de mujer que brillaba como un relámpago, y en belleza superaba a toda criatura humana. Asustado, se postró en tierra en un acto de veneración. Mientras tanto, oyó que la mujer, que era la

Santísima Virgen, llamaba a aquel anciano por el nombre de Juan Evangelista, y le invitaba a explicarle los misterios de la verdadera religión. San Juan contestó que estaba muy dispuesto a hacerlo, puesto que así le agradaba a la Madre del Señor. Y, en efecto, se puso a explicarle muchos puntos de la doctrina católica, entonces aún no dilucidados por la Iglesia y, por tanto, muy oscuros.

Le explicó que había un solo Dios en tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que los tres son perfectos, invisibles, incorruptibles, inmortales y eternos; que al Padre se atribuye especialmente el poder y la creación de todas las cosas; que al Hijo se atribuye especialmente la sabiduría, y que se hizo verdaderamente hombre, y es igual al Padre aunque engendrado de él; que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo y es la fuente de toda santidad; Trinidad perfecta sin división ni desigualdad, que siempre ha sido y será inmutable e invariable.

Una vez explicadas éstas y otras altísimas doctrinas, la visión se desvaneció, y Gregorio escribió inmediatamente las cosas que había aprendido y las enseñó constantemente en su Iglesia, sin dejar nunca de dar gracias a la Santísima Virgen que le había instruido de manera tan portentosa.

Si María demostró ser una ayuda prodigiosa para los cristianos en favor de la fe católica, Dios muestra cuán terribles son los castigos infligidos a los que blasfeman contra la fe. Lo vemos verificado en el fatal fin que sobrevino a Nestorio, obispo de Constantinopla. Negó que la Virgen María fuera propiamente la madre de Dios.

Los graves escándalos causados por su predicación movieron al Sumo Pontífice, que se llamaba Celestino I, a examinar la doctrina del heresiarca, que encontró errónea y llena de impiedad. El paciente pontífice, sin embargo, primero lo amonestó y luego amenazó con separarlo de la Iglesia si no se retractaba de sus errores.

La obstinación de Nestorio obligó al papa a

convocar un concilio de más de 200 obispos en la ciudad de Éfeso, presidido por san Cirilo como legado papal. Este concilio, que fue el tercer Concilio Ecuménico, se reunió en el año de Cristo 431.

Los errores de Nestorio fueron anatematizados, pero el autor no se convirtió, sino que se volvió más obstinado. Por ello fue depuesto de su sede, exiliado a Egipto, donde después de muchas tabulaciones cayó en manos de una banda de saqueadores. A causa del exilio, la pobreza, el abandono, una caída de caballo y su avanzada edad, sufrió dolores atroces. Finalmente, su cuerpo vivo se pudrió y su lengua, órgano de tantas blasfemias, se pudrió y se llenó de gusanos.

Así murió quien se atrevió a proferir tantas blasfemias contra la augusta Madre del Salvador.

[\(continuación\)](#)

Misionero en la Patagonia

La Patagonia, región meridional de Sudamérica, dividida entre Argentina y Chile, es un territorio presente en los primeros sueños misioneros de Don Bosco. Este "sueño" también se ha realizado en una misión que da sus frutos aún hoy.

El nombre proviene de los nativos de aquellas tierras, patagones, término utilizado por Fernando de Magallanes, nativos que hoy se identifican como las tribus Tehuelche y aonikenk. Estos nativos fueron soñados por Don Bosco en 1872, como cuenta Don Lemoyne en sus *Memorias Biográficas* (MB X,54-55).

"Me parecía encontrarme en una región salvaje y totalmente desconocida. Era una llanura inmensa, toda sin

cultivar, en la que no se veían ni colinas ni montañas. En sus extremos, sin embargo, se alzaban ásperas montañas. Vi multitudes de hombres caminando por ella. Estaban casi desnudos, eran de una altura y estatura extraordinarias, de aspecto feroz, con el pelo desgredado y largo, de color bronceado y negruzco, y sólo vestían con amplias capas de pieles de animales, que les llegaban hasta los hombros. Tenían por armas una especie de lanza larga y la honda (el lazo).

Estas muchedumbres de hombres, dispersas aquí y allá, ofrecían al espectador diferentes escenas: unos corrían de un lado a otro cazando bestias; aquellos iban de un lado a otro, llevando trozos de carne ensangrentada clavados en las puntas de sus lanzas. Por un lado, unos luchaban entre sí; otros se enzarzaban a golpes con soldados vestidos a la europea, y el suelo estaba sembrado de cadáveres. Yo temblaba ante aquel espectáculo, y al fondo de la llanura aparecieron muchas figuras que, por su vestimenta y maneras, supe que eran misioneros de diversas órdenes. Se acercaban a predicar la religión de Jesucristo a aquellos bárbaros. Yo los miraba bien, pero no conocía a ninguno de ellos. Se metieron en medio de aquellos salvajes; pero los bárbaros, en cuanto los vieron, con una furia diabólica, con una alegría infernal, se les echaron encima, y todos ellos los mataron, con feroz tormento los descuartizaron, los despedazaron y clavaron los pedazos de aquella carne en la punta de sus largas picas. Luego repetían de vez en cuando las escenas de anteriores escaramuzas entre ellos y con los pueblos vecinos.

Después de haber estado observando a aquellas horribles gentes en el matadero, me dije: – ¿Cómo podremos convertir a gente tan brutal? – Mientras tanto, vi a lo lejos un grupo de otros misioneros que se acercaban a los salvajes con caras alegres, precedidos por una hueste de jóvenes.

Temblé, pensando: – Vienen para matarlos. – Y me acerqué a ellos: eran clérigos y sacerdotes. Los miré atentamente y los reconocí como nuestros salesianos. Conocía a los primeros, y aunque no pude conocer personalmente a muchos otros que siguieron a los primeros, me di cuenta de que también ellos

eran misioneros salesianos, de los nuestros.

– ¿Cómo es esto? – exclamaba. No quería dejarles continuar y estaba allí para impedirselo. Esperaba que en cualquier momento corrieran la misma suerte que los antiguos Misioneros. Quería hacerles retroceder, cuando vi que su aparición hizo regocijarse a todas aquellas turbas bárbaras, que bajaron sus armas, depusieron su ferocidad y acogieron a nuestros Misioneros con todas las muestras de cortesía. Asombrado por ello, me dije: ‘¡Veamos cómo acaba esto! – Y vi que nuestros Misioneros avanzaban hacia aquellas hordas de salvajes; los instruían y ellos escuchaban de buen grado su voz; enseñaban y ellos aprendían con esmero; amonestaban, y ellos aceptaban y ponían en práctica sus amonestaciones.

Me quedé observando, y noté que los Misioneros rezaban el santo Rosario, mientras los salvajes, corriendo de todas partes, hacían ala a su paso, y con buen acuerdo respondían a aquella oración.

Al cabo de un rato, los Salesianos fueron a colocarse en el centro de aquella muchedumbre que los rodeaba, y se arrodillaron. Los salvajes, habiendo puesto sus armas en el suelo a los pies de los Misioneros, doblaron también las rodillas.

Y he aquí que uno de los Salesianos entonó: Alabad a María, oh lenguas fieles, y aquella multitud, toda a una voz, continuó el canto de dicha alabanza, tan al unísono y con tal fuerza de voz, que yo, casi asustado, me desperté.

Tuve este sueño hace cuatro o cinco años y causó una gran impresión en mi alma, creyendo que era una advertencia celestial. Sin embargo, no comprendí realmente su significado particular. Comprendí, sin embargo, que se refería a las misiones extranjeras, que antes habían sido mi más ferviente deseo”.

El sueño, pues, ocurrió hacia 1872. Al principio Don Bosco pensó que eran los pueblos de Etiopía, luego pensó en los alrededores de Hong Kong, después en los pueblos de Australia y de las Indias; y sólo en 1874, cuando recibió, como veremos,

las invitaciones más apremiantes para enviar a los Salesianos a Argentina, supo claramente que los salvajes que había visto en su sueño eran los nativos de esa inmensa región, entonces casi desconocida, que era la Patagonia.

La misión, que comenzó hace casi 150 años, continúa hoy.

Un salesiano, el padre Ding, sintió la llamada misionera al cumplir 50 años. Es una llamada dentro de otra llamada: dentro de la vocación de seguir a Dios como consagrado en la Congregación Salesiana, alguien siente la llamada a dar un paso más, a dejarlo todo y partir para llevar el Evangelio a nuevos lugares, la "*missio ad gentes*" para toda la vida. Tras finalizar su encargo como delegado inspectorial de Misiones en sus últimos años en Filipinas, se puso a disposición para formar parte de la 152ª expedición misionera, y en 2021, fue destinado a la Patagonia, en la Inspectoría Argentina-Sur (ARS).

Tras un curso para nuevos misioneros salesianos, que se acortó debido al COVID, y la entrega de la cruz misionera el 21 de noviembre de 2021, el primer compromiso fue estudiar español, junto a su compañero el padre Barnabé, de Benín, en Salamanca, España. Pero una vez que llegaron a Argentina, el padre Ding se dio cuenta de que no entendía tanto por la velocidad del habla y las diferencias de acento. Siguió inculturándose en Buenos Aires, tras lo cual llegó a su destino, la Patagonia, tierra de los primeros misioneros salesianos. La acogida y la amabilidad de la gente de Buenos Aires le hicieron sentirse como en casa y le ayudaron a superar los "choques" culturales.

Nos cuenta:

¿Cómo llegas a confirmarte en tu vocación misionera? En la vida cotidiana, a través de las actividades diarias en la escuela, en la parroquia y en el oratorio. El espíritu de Don Bosco está vivo en el país que acogió a los primeros misioneros salesianos, precisamente en La Boca, donde comenzó

la primera obra parroquial salesiana. Uno de los secretos que permite que esta vitalidad continúe hoy es el compromiso de los laicos corresponsables, que se ponen a disposición con fidelidad y creatividad, trabajando codo a codo con los salesianos. Un verdadero ejemplo de espíritu de familia y de entrega a la misión, que realiza prácticamente las reflexiones del Capítulo General 24 sobre la colaboración entre salesianos y laicos.

Otro aspecto que llama la atención es el incansable trabajo en favor de los pobres y marginados. En La Boca se prepara un almuerzo dominical para los pobres de la ciudad, y se puede ver al personal de la escuela, a los feligreses y a los miembros de la Familia Salesiana cocinando y ayudando a los necesitados, todos juntos, empezando por el director de la comunidad y el director de la escuela. El oratorio es muy activo, con animadores fervorosos y el grupo de «exploradores», similares a los scouts que siguen los valores del Evangelio y de Don Bosco.

A pesar del reto de la barrera lingüística, el padre Ding nos dice: Lo que he aprendido aquí es que se comprende a todos y a todo, sólo si te entregas de todo corazón a la misión que se te ha confiado, a las personas con las que y para las que vives.

En los próximos meses, Villa Regina (Río Negro) será su nuevo hogar, en la Patagonia. Le deseamos una santa misión.

Marco Fulgaro

Vida de San José, esposo de María Santísima, padre adoptivo de Jesucristo (3/3)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

Capítulo XX. Muerte de San José. – Su entierro.

Nunc dimittis servum tuum Domine, secundum verbum tuum in pace, quia viderunt oculi mei salutare tuum. (Ahora, Señor, deja que tu siervo se vaya en paz, conforme a tu palabra, porque mis ojos han visto al Salvador dado por ti. – Lc. 2:29)

Había llegado el último momento, José hizo un esfuerzo supremo para levantarse y adorar a aquel a quien los hombres consideraban su hijo, pero que José sabía que era su Señor y Dios. Quiso arrojarse a sus pies y pedir la remisión de sus pecados. Pero Jesús no le permitió arrodillarse y lo recibió en sus brazos. Así, apoyando su venerable cabeza sobre el pecho divino de Jesús, con los labios cerca de aquel corazón adorable, José expiró, dando a los hombres un último ejemplo de fe y humildad. Era el día diecinueve de marzo del año de Roma 777, el vigésimo quinto desde el nacimiento del Salvador.

Jesús y María lloraron sobre el cuerpo frío de José, y guardaron a su lado la lúgubre vigilia de los muertos. Jesús mismo lavó este cuerpo virginal, cerró los ojos y cruzó las manos sobre su pecho; luego lo bendijo para preservarlo de la corrupción de la tumba, y puso a los ángeles del Paraíso bajo su custodia.

Los funerales del pobre trabajador fueron tan modestos como lo había sido toda su vida. Pero, si tales parecieron ante la faz de la tierra, fueron de tan gran honor que, ciertamente, no presumieron de los más gloriosos emperadores del mundo, pues el Rey y la Reina del Cielo, Jesús y María, estuvieron presentes en el augusto cuerpo. El cuerpo

de José fue depositado en el sepulcro de sus padres, en el valle de Josafat, entre el monte de Sión y el monte de los Olivos.

Capítulo XXI. Poder de San José en el cielo. Razones de nuestra confianza.

Ite ad Josephet quicquid vobis dixerit facite. (Ve a José y haz lo que él te diga. – Gn. 41,55)

No siempre la gloria y el poder de los justos sobre la tierra es la medida cierta del mérito de su santidad; pero no lo es de aquella gloria y poder con que son revestidos en el cielo, donde cada uno es recompensado según sus obras. Cuanto más santos han sido a los ojos de Dios, tanto más son elevados a un grado sublime de poder y autoridad.

Una vez establecido este principio, no debemos creer que, entre los bienaventurados que son objeto de nuestro culto religioso, San José es, después de María, el más importante. José es, después de María, el más poderoso de todos ante Dios, y el que más justamente merece nuestra confianza y homenaje? En efecto, ¡cuántos gloriosos privilegios le distinguen de los demás santos, y deben inspirarnos una profunda y tierna veneración!

El hijo de Dios que eligió a José por padre, para recompensar todos sus servicios y darle a cambio las demostraciones del más tierno amor en el tiempo de su vida mortal, no le ama menos en el cielo de lo que le amó sobre la tierra. Feliz de tener toda la eternidad para compensar a su amado padre por todo lo que ha hecho por él en la vida presente, con tan ardiente celo, tan inviolable fidelidad y tan profunda humildad. Esto hace que el divino Salvador esté siempre dispuesto a escuchar favorablemente todas sus oraciones y a cumplir todos sus deseos.

Encontramos en los privilegios y favores con que fue colmado el antiguo José, que no era más que una sombra de nuestro verdadero José, una figura del crédito omnipotente de que goza en el cielo el santo esposo de María.

El Faraón, para recompensar los servicios que había recibido de José, hijo de Jacob, lo estableció administrador general de su casa, dueño de todos sus bienes, deseando que todo se hiciera según sus órdenes. Después de haberlo establecido como virrey de Egipto, le dio el sello de su autoridad real y le otorgó plenos poderes para concederle todas las gracias que deseara. Ordenó que se le llamara el salvador del mundo, para que sus súbditos reconocieran que a él debían su salud; en resumen, envió a José a todos los que acudían en busca de algún favor, para que lo obtuvieran de su autoridad y le mostraran su gratitud: *Ite ad Ioseph, et quidquid dixerit vobis, facile* – Gn 41,55; Ve a José, haz todo lo que te diga y recibe de él todo lo que te dé.

Pero ¡cuánto más maravillosos y capaces de inspirarnos una confianza sin límites son los privilegios del casto esposo de María, el padre adoptivo del Salvador! No es un rey de la tierra como el Faraón, sino que es Dios Todopoderoso quien ha querido colmar a este nuevo José con sus favores. Comienza por establecerlo como amo y venerable cabeza de la Sagrada Familia; quiere que todo le obedezca y le esté sometido, incluso su propio hijo igual a él en todo. Lo convierte en su virrey, queriendo que represente a su adorable persona hasta el punto de darle el privilegio de llevar su nombre y de ser llamado padre de su unigénito. Pone a este hijo en sus manos, para hacernos saber que le da un poder ilimitado para realizar toda gracia. Observa cómo da a conocer en el Evangelio para toda la tierra y en todas las épocas, que San José es el padre del rey de reyes: *Erant pater et mater eius mirantes* – Lc. 2,33. Desea que se le llame Salvador del mundo, puesto que alimentó y preservó a aquel que es la salud de todos los hombres. Por último, nos advierte que, si deseamos gracias y favores, debemos dirigirnos a José: *Ite ad Ioseph*, pues es él quien tiene todo el poder ante el Rey de reyes para obtener todo lo que pida.

La santa Iglesia reconoce este poder soberano de José, pues pide por su intercesión lo que no podría obtener por sí misma: *Ut quod possibilitas nostra non obtinet, eius*

nobis intercessione donetur.

Ciertos santos, dice el doctor angélico, han recibido de Dios el poder de socorrernos en ciertas necesidades particulares; pero el crédito de San José no tiene límite; se extiende a todas las necesidades, y todos los que recurren a él con confianza tienen la certeza de que se les concederá prontamente. Santa Teresa nos declara que nunca pidió nada a Dios por intercesión de San José que no obtuviera rápidamente: y el testimonio de esta santa vale por mil otros, puesto que se fundamenta en la experiencia cotidiana de sus favores. Los demás santos gozan, es cierto, de gran crédito en el cielo; pero interceden como siervos y no mandan como amos. José, que ha visto a Jesús y a María sometidos a él, puede obtener sin duda todo lo que quiera del rey su hijo y de la reina su esposa. Tiene crédito ilimitado ante uno y otra, y, como dice Gersonne, ordena más que suplica: *Non impetrat, sed imperat*. Jesús, dice San Bernardino de Siena, quiere continuar en el cielo para dar a San José una prueba de su respeto filial obedeciendo todos sus deseos: *Dum pater orat natum, velut imperium reputatur*.

¿Es que podía negar Jesucristo a José, que nunca le negó nada en el tiempo de su vida? Moisés no era en su vocación más que el jefe y conductor del pueblo de Israel, y sin embargo se conducía con Dios con tal autoridad, que cuando le reza en nombre de aquel pueblo rebelde e incorregible, su oración parece convertirse en una orden, que en cierto modo ata las manos de la majestad divina, y la reduce a ser casi incapaz de castigar a los culpables, hasta que los haya liberado: *Dimitte me, ut irascatur furor meus contro eos et deileam eos*. (Ex. 32).

Pero, ¿cuánta mayor virtud y poder no tendrá la oración que José dirige por nosotros al juez soberano, de quien fue guía y padre adoptivo? Porque si es verdad, como dice San Bernardo, que Jesucristo, que es nuestro abogado ante el Padre, le presenta sus sagradas llagas y la adorable sangre que derramó por nuestra salud, si María, por su parte, presenta a su Hijo único el seno que lo llevó y alimentó, ¿no

podemos añadir que San José muestra al Hijo y a la Madre las manos que tanto trabajaron por ellos y el sudor que derramó para ganar su sustento por encima de la tierra? Y si Dios Padre no puede negar nada a su amado Hijo cuando le ruega por sus sagradas llagas, ni el Hijo negar nada a su santísima Madre cuando le ruega por las entrañas que le han parido, ¿no estamos obligados a creer que ni el Hijo, ni la Madre que se ha convertido en dispensadora de las gracias que Jesucristo mereció, pueden negar nada a San José cuando les ruega por todo lo que ha hecho por ellos en los treinta años de su vida?

Imaginemos que nuestro santo protector dirige esta conmovedora oración a Jesucristo, su Hijo adoptivo, por nosotros: "Oh divino Hijo mío, dignate derramar tus gracias más abundantes sobre mis fieles siervos; te lo pido por el dulce nombre de Padre con el que tantas veces me has honrado, por esos brazos que te recibieron y calentaron en tu nacimiento, que te llevaron a Egipto para salvarte de la ira de Herodes; Te pido por aquellos ojos cuyas lágrimas enjuagué, por aquella sangre preciosa que recogí en tu circuncisión; por los trabajos y fatigas que soporté con tanto contento para alimentar tu infancia, para criarte en tu juventud..." ¿Podría Jesús, tan lleno de caridad, resistirse a semejante oración? Y si está escrito, dice San Bernardo, que hace la voluntad de los que le temen, ¿cómo podría negarse a hacer la de quien le sirvió y alimentó con tanta fidelidad, con tanto amor? *Si voluntatem timentium se faciet; quomodo voluntatem nutrientis se non faciet?* (Un piadoso escritor en sus comentarios al Salmo 144:19).

Pero lo que debe redoblar nuestra confianza en San José es su inefable caridad para con nosotros. Jesús, haciéndose hijo suyo, puso en su corazón un amor más tierno que el del mejor de los padres.

¿Acaso no nos hemos convertido en sus hijos, mientras Jesucristo es nuestro hermano y María, su casta esposa, es nuestra madre llena de misericordia?

Dirijámonos, pues, a san José con una confianza viva y plena. Su oración unida a la de María y presentada a

Dios en nombre de la adorable infancia de Jesucristo, no podrá encontrar rechazo, sino que obtendrá todo lo que pida.

El poder de San José es ilimitado; se extiende a todas las necesidades de nuestra alma y de nuestro cuerpo.

Después de tres años de violenta y continua enfermedad, que no le dejaba ni reposo ni esperanza de recuperación, Santa Teresa recurrió a San José. Teresa recurrió a San José; y éste le procuró pronto la salud.

Principalmente en nuestra última hora, cuando la vida está a punto de abandonarnos como a un falso amigo, cuando el infierno redoblará sus esfuerzos para secuestrar nuestras almas en el paso a la eternidad, es en ese momento decisivo para nuestra salud cuando San José nos asistirá de un modo muy especial, si somos fieles a honrarle y rezarle en vida. El divino Salvador, para recompensarle por haberle rescatado de la muerte librándole de la ira de Herodes, le concedió el privilegio especial de rescatar de las asechanzas del demonio y de la muerte eterna a los moribundos que se pusieran bajo su protección.

Por eso se le invoca con María en todo el mundo católico como patrón de la buena muerte. ¡Oh! qué felices seríamos si pudiéramos morir como tantos fieles servidores de Dios, pronunciando los nombres omnipotentes de Jesús, María y José. El Hijo de Dios, dice el Venerable Bernardo de Bustis, teniendo las llaves del paraíso, dio una a María, la otra a José, para que introdujeran a todos sus fieles servidores en el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz.

Capítulo XXII. Propagación del culto e institución de la fiesta del 19 de marzo y del Patrocinio de San José.

Qui custos est domini sui glorificabitur. (El que guarda a su señor será honrado. – Pr. 27,18)

Así como la Divina Providencia decretó que San José muriera antes de que Jesús se manifestara públicamente como Salvador de la humanidad, así también decretó que el culto a este santo no se difundiera antes de que la fe

católica se hubiera extendido universalmente por todo el mundo. En efecto, la exaltación de este santo en los primeros tiempos del cristianismo parecía peligrosa para la fe aún débil del pueblo. Era muy conveniente que se inculcara la dignidad de Jesucristo nacido de una virgen por obra del Espíritu Santo; ahora bien, proponer la memoria de San José, esposo de María, habría ensombrecido esa creencia dogmática en algunas mentes débiles, aún no ilustradas sobre los milagros del poder divino. Además, en aquellos siglos de batallas era importante hacer objeto principal de veneración a los santos héroes que habían derramado su sangre con el martirio para defender la fe.

Como la fe se consolidó entonces entre el pueblo y fueron elevados al honor de los altares muchos santos que habían edificado la Iglesia con el esplendor de sus virtudes sin pasar por el tormento, pronto pareció de lo más conveniente que no se dejara en silencio a un santo del que el propio Evangelio hacía tan amplios elogios. Por eso los griegos, además de la fiesta de todos los antepasados de Cristo (que fueron justos) celebrada el domingo anterior a Navidad, consagraron el domingo que corre en esta octava al culto de San José, esposo de María, del santo profeta David y de Santiago, primo del Señor.

En el calendario Copto, bajo el 20 de julio, se menciona a San José, y algunos creen que el 4 de julio fue el día de la muerte de nuestro santo.

En la Iglesia latina, pues, el culto a San José se remonta a la antigüedad de los primeros siglos, como se desprende de los antiquísimos martirologios del monasterio de San Maximino de Tréveris y de Eusebio. La orden de los frailes mendicantes fue la primera en celebrar el oficio, como se desprende de sus breviarios. Su ejemplo fue seguido en el siglo decimocuarto por los franciscanos y dominicos a través de la obra de Alberto Magno, que fue maestro de Santo Tomás de Aquino.

Hacia finales del siglo decimoquinto, las iglesias de Milán y Toulouse también lo introdujeron en su liturgia, hasta que la Sede Apostólica extendió su culto a todo el mundo católico en 1522. Pío V, Urbano VIII y Sixto IV perfeccionaron su oficio.

La princesa Isabel Clara Eugenia de España, heredera del espíritu de Santa Teresa, que era muy devota de San José, fue a Bélgica y consiguió que el 19 de marzo se celebrara en la ciudad de Bruselas una fiesta en honor de este santo, y el culto se extendió a las provincias vecinas, donde fue proclamado y venerado bajo el título de preservador de la paz y protector de Bohemia. Esta fiesta comenzó en Bohemia en el año 1655.

Una parte del manto con el que San José envolvió al Santo Niño Jesús se conserva en Roma, en la iglesia de Santa Cecilia de Trastevere, donde también se guarda el bastón que este santo llevaba mientras viajaba. La otra parte se conserva en la iglesia de Santa Anastasia de la misma ciudad.

Al igual que los testigos que nos han llegado, este manto es de color amarillento. Una partícula del mismo fue regalada por el cardenal Ginetti a los Padres Carmelitas Descalzos de Amberes, guardada en una magnífica caja, bajo tres llaves, y se expone a la veneración pública todos los años en Navidad.

Entre los sumos pontífices que contribuyeron con su autoridad a promover el culto a este santo se encuentra Sixto IV, que fue el primero en establecer la fiesta hacia finales del siglo XV. San Pío V formuló el oficio en el Breviario Romano. Gregorio XV y Urbano VIII se esforzaron con decretos especiales por reavivar el fervor hacia este santo que parecía haber decaído en algunos pueblos. Hasta que el Sumo Pontífice Inocencio X, cediendo a las peticiones de muchas iglesias de la cristiandad, deseoso también de promover la gloria del santísimo esposo de María y hacer así más eficaz su patrocinio para la religión, extendió su solemnidad a todo el mundo católico.

Así pues, la fiesta de San José se fijó para el día 19 de marzo, que piadosamente se cree que fue el día de su beatísima muerte (en contra de la opinión de algunos que creen que ésta ocurrió el día 4 de julio).

Como esta fiesta cae siempre en el tiempo de Cuaresma, no podía celebrarse en domingo, ya que todos los domingos de Cuaresma son privilegiados: por ello, a menudo habría pasado desapercibida si la ingeniosa piedad de los fieles no hubiera encontrado la manera de compensarla de otro modo.

Desde 1621, la Orden de los Carmelitas Descalzos reconoce solemnemente a San. José como patrón y padre universal de su Instituto consagró uno de los domingos después de Pascua para celebrar su solemnidad bajo el título del Patrocinio de San José. A petición ferviente de la propia Orden y de muchas Iglesias de la Cristiandad, la Sagrada Congregación de Ritos, por decreto de 1680, fijó esta solemnidad en el tercer domingo después de Pascua. Muchas Iglesias del mundo católico no tardaron en adoptar espontáneamente esta fiesta. La Compañía de Jesús, los Redentoristas, los Pasionistas y la Sociedad de María la celebran con su propia octava y oficio bajo el rito doble de primera clase.

Finalmente, la Sagrada Congregación de Ritos extendió esta fiesta a toda la Iglesia universal, para alentar y animar cada vez más la piedad de los fieles hacia este gran santo, con un decreto del 10 de septiembre de 1847, a petición del Eminentísimo Cardenal Patrizi.

Si alguna vez hubo tiempos calamitosos para la Iglesia de Jesucristo, si alguna vez la fe católica dirigió sus plegarias al Cielo para implorar un protector, éstos son los días actuales. Nuestra santa religión, asaltada en sus principios más sacrosantos, ve cómo numerosos hijos son arrancados con cruel indiferencia de su seno maternal para entregarse locamente en brazos de la incredulidad y del desenfreno, y convirtiéndose en escandalosos apóstoles de la impiedad, extraviar a tantos de sus hermanos y desgarrar así

el corazón de aquella madre amorosa que los alimentó. Ahora bien, mientras que la devoción a San José atraería copiosas bendiciones sobre las familias de sus devotos, procuraría a la desolada esposa de Jesucristo el patrocinio efficacísimo de un santo que, del mismo modo que supo preservar indemne la vida de Jesús ante la persecución de Herodes, sabrá preservar indemne la fe de sus hijos ante la persecución del infierno. Como el primer José, hijo de Jacob, fue capaz de mantener la abundancia del pueblo de Egipto durante siete años de hambre, el verdadero José, el más feliz administrador de los tesoros celestiales, sabrá mantener en el pueblo cristiano esa fe santísima para establecer que Dios, de quien fue dios y guardián durante treinta años, descendió a la tierra.

Siete gozos y siete dolores de San José.

Indulgencia concedida por Pío IX a los fieles que reciten esta corona, que puede servir de práctica para la novena del Santo.

El reinante Pío IX, ampliando las concesiones de sus predecesores, especialmente las de Gregorio XVI, concedió a los fieles de ambos sexos, que después de haber recitado las siguientes exequias, comúnmente llamadas *los siete Gozos y los siete Dolores de San José*, durante siete domingos consecutivos, la siguiente indulgencia. José, durante siete domingos consecutivos, en cualquier época del año, visitará, confesado y comunicado, una Iglesia u Oratorio público, y allí rezará según su intención: Indulgencia plenaria también aplicable a las almas del Purgatorio, en cada uno de dichos domingos.

A los que no sepan leer, o no puedan acudir a ninguna Iglesia donde se digan públicamente estas homilias, el mismo Pontífice les concedió la misma Indulgencia Plenaria siempre que, al visitar dicha Iglesia y rezar como se ha dicho, recen, en lugar de las citadas homilias, *siete Padrenuestros, Avemarías y Gloria* en honor del santo Patriarca.

Corona de los Siete Dolores y Gozos de San José

1. Oh purísimo esposo de María Santísima, glorioso San José, tan grande fue la aflicción y la angustia de tu corazón en la perplejidad de abandonar a tu inmaculadísima esposa: tan inexplicable fue tu alegría cuando el ángel te reveló el soberano misterio de la Encarnación.

Por este tu dolor y por este tu gozo, te suplicamos que consueles nuestra alma ahora y en nuestros extremos dolores con el gozo de una vida buena y de una muerte santa semejante a la tuya, en medio de Jesús y de María.

Pater, Ave y Gloria.

2. Oh felicísimo Patriarca, glorioso San José, que fuisteis elegido para ser el Padre adoptivo del Verbo humano, ¡qué dolor debisteis sentir al ver nacer al niño Jesús en tal pobreza! Pero ésta se trocó inmediatamente en júbilo celestial al oír la armonía angélica y escuchar las glorias de aquella noche tan afortunada.

Por esta vuestra pena y por esta vuestra alegría, os rogamos que nos imploréis que, después del viaje de esta vida, pasemos a oír las alabanzas angélicas y a gozar de los esplendores de la gloria celestial.

Pater, Ave y Gloria.

3. Oh ejecutor de las leyes divinas, glorioso San José, la preciosísima sangre que se derramó en la circuncisión del Niño Redentor traspasó tu corazón, pero el nombre de Jesús lo vivificó, llenándolo de alegría.

Por este tu dolor y por esta tu alegría, consíguenos que, habiendo alejado de nosotros todo vicio en la vida, con el santísimo nombre de Jesús en el corazón y en la boca, nos regocijemos.

Pater, Ave y Gloria.

4. Oh santo fidelísimo, que participaste de los Misterios de nuestra Redención, glorioso San José, si la

profecía de Simeón sobre lo que Jesús y María iban a sufrir te causó los dolores de la muerte, te llenó de bendito gozo por la salud y la gloriosa resurrección, que predijo que seguiría, de innumerables almas.

Por este vuestro dolor y por esta vuestra alegría, imploradnos que podamos estar en el número de los que, por los méritos de Jesús y la intercesión de la Virgen su Madre, han de resucitar gloriosamente.

Pater, Ave y Gloria.

5. Oh vigilantísimo guardián, familiar inherente del Hijo de Dios encarnado, glorioso San José, cuánto sufriste al sostener y servir al Hijo del Altísimo, especialmente en la huida que tuviste que hacer a Egipto; pero cuánto más te alegraste, teniendo siempre contigo al mismo Dios, y viendo caer por tierra a los ídolos egipcios.

Por esta vuestra pena y vuestra alegría, imploradnos que alejando de nosotros al tirano infernal, especialmente por la huida de ocasiones peligrosas, caiga de nuestros corazones todo ídolo de afecto terreno; y todos empleados en la servidumbre de Jesús y María, sólo por ellos vivamos y muramos felices.

Pater, Ave y Gloria.

6. Oh Ángel de la tierra, glorioso San José, que a tu llamado admiraste al Rey del Cielo, sé que tu consuelo al traerlo de Egipto se vio turbado por el temor de Arquelao; pero también sé que asegurado por el Ángel, feliz con Jesús y María, moraste en Nazaret.

Por este tu dolor y por esta tu alegría, implóranos que de los temores dañinos despejados de nuestros corazones podamos gozar de paz de conciencia y vivir seguros con Jesús y María y aún morir entre ellos.

Pater, Ave y Gloria.

7. Oh dechado de toda santidad, glorioso San José,

habiendo perdido sin culpa al niño Jesús, lo buscaste durante tres días con el mayor dolor, hasta que, con gran regocijo, gozaste de tu Vida hallado en el templo entre los doctores.

Por este dolor y por esta alegría vuestra, os suplicamos, con el corazón en los labios, que intercedáis, para que nunca nos suceda perder a Jesús por negligencia grave. Qué si por gran desgracia le perdiéramos, le busquemos con tan infatigable dolor, hasta que le encontremos favorablemente, particularmente en nuestra muerte, para pasar a gozar de él en el Cielo, y allí contigo para siempre cantar sus divinas misericordias.

Pater, Ave y Gloria.

Antífona. Jesús estaba a punto de cumplir treinta años, y se creía que era hijo de José.

V. Ruega por nosotros San José.

R. Y seremos dignos de las promesas de Cristo.

Oremos.

Oh Dios, que con inefable providencia te dignaste elegir al bienaventurado José como esposo de tu santísima Madre, haz que nosotros, que lo veneramos como protector en la tierra, merezcamos tenerlo como intercesor en el cielo. Por Cristo nuestro Señor

R. Amén.

Otra oración a San José

Dios te salve, oh José, lleno de gracia; Jesús y María están contigo; eres bendito entre los hombres, y bendito es el fruto del vientre de tu esposa María. San José, padre adoptivo de Jesús, virgen esposo de María, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.

Recogidas por los más acreditados autores, con novena en preparación de la fiesta del Santo.

Tipografía dell'Oratorio di s. Francesco di Sales, Turín 1867.

Sac. BOSCO GIOVANNI

Con Permiso Eclesiástico.

Hoy la Iglesia concede indulgencias (*Enchiridion Indulgentiarum*.19) para las oraciones en honor de San José: Se concede una indulgencia parcial a los fieles que invoquen a San José, Esposo de la Bienaventurada Virgen María, con una oración legítimamente aprobada (por ejemplo: A ti, bienaventurado san José).

A ti, bienaventurado san José, acudimos en nuestra tribulación, y después de implorar el auxilio de tu santísima Esposa, solicitamos también confiadamente tu patrocinio. Por aquella caridad que con la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, te tuvo unido y por el paterno amor con que abrazaste al Niño Jesús, humildemente te suplicamos que vuelvas benigno los ojos a la herencia que con su sangre adquirió Jesucristo, y por su poder y auxilio socorras nuestras necesidades. Protege, oh, providentísimo custodio de la divina Familia, a la escogida descendencia de Jesucristo; aparta de nosotros, padre amantísimo, toda mancha de error o de corrupción; asístenos propicio desde el cielo, fortísimo libertador nuestro, en esta lucha con el poder de las tinieblas; y así como en un tiempo salvaste de la muerte la amenazada vida de Jesús Niño, defiende ahora a la Iglesia santa de Dios de las asechanzas de sus enemigos y de toda adversidad, y a cada uno de nosotros protégenos con perpetuo patrocinio, para que, a ejemplo tuyo y sostenidos por tu auxilio, podamos santamente vivir, piadosamente morir y alcanzar en los cielos la eterna bienaventuranza.

Amén.

(Papa León XIII, Oración a San José, encíclica Quamquam pluries)

Vida de San José, esposo de María Santísima, padre adoptivo de Jesucristo (2/3)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

Capítulo IX. La Circuncisión.

Et vocavit nomen eius Iesum. (Y le puso por nombre Jesús. – Mt 1,25)

Al octavo día después del nacimiento, los hijos de Israel debían ser circuncidados por mandato expreso de Dios dado a Abrahán, para que hubiera una señal que recordara al pueblo la alianza que Dios había jurado con ellos.

María y José comprendieron muy bien que tal señal no era en absoluto necesaria para Jesús. Este doloroso servicio era un castigo que convenía a los pecadores, y su finalidad era borrar el pecado original. Ahora bien, siendo Jesús el santo por excelencia, la fuente de toda santidad, no llevaba consigo ningún pecado que necesitara remisión. Además, había venido al mundo por concepción milagrosa, y no tenía que someterse a ninguna de las leyes que correspondían a los hombres. Sin embargo, María y José, sabiendo que Jesús no había venido a quebrantar la ley, sino a cumplirla; que había venido a dar a los hombres el ejemplo de una obediencia perfecta, dispuestos a sufrir todo lo que la gloria del Padre Celestial y la salud de la humanidad exigieran de él, no se arredraron a la hora de realizar la dolorosa ceremonia sobre el Divino Niño.

José, el santo Patriarca, es el ministro y sacerdote de ese rito sagrado. Aquí está, con los ojos blandos de lágrimas, diciendo a María: “María, ahora es el momento en

que vamos a realizar en este bendito hijo tuyo el signo de nuestro padre Abraham. Pierdo el corazón al pensar en ti. ¡Yo pongo hierro en esta carne inmaculada! Yo extraer la primera sangre de este cordero de Dios; ¡oh, si abrieras la boca, oh hija mía, y me dijeras que no quieres la herida, oh, ¡cómo arrojaría lejos de mí este cuchillo, y me alegraría que no lo quisieras! Pero veo que me pides este sacrificio; que quieres sufrir. Sí, oh dulcísimo niño, sufriremos: tú en tu carne más ajena al mundo; María y yo en nuestros corazones”.

Mientras tanto, José había desempeñado el doloroso oficio de ofrecer a Dios aquella primera sangre en expiación por los pecados de los hombres. Luego, con María llorosa y llena de angustia por la aflicción de su Hijo, había repetido: “Jesús es su nombre, porque Él debe salvar a su pueblo de sus pecados: *vocabis nomen eius Iesum; ipse enim salvum faciet populum suum a peccatis eorum.* – Mt. 1,25” ¡Oh nombre santísimo! ¡Oh nombre sobre todo nombre! ¡Cuán oportunamente eres pronunciado por primera vez en este momento! Dios quiso que el niño se llamara Jesús entonces, cuando empezó a derramar sangre, pues si era y sería Salvador, era precisamente en virtud y a causa de su sangre, por la que entró una sola vez en el lugar santísimo y consumó, mediante el sacrificio de todo su ser, la Redención de Israel y del mundo entero.

José fue ese gran y noble ministro de la Circuncisión por la que el Hijo de Dios recibió su propio nombre. José recibió el informe de ello del ángel, José lo pronunció el primero entre los hombres y, al pronunciarlo, hizo que todos los ángeles se postraran y que los demonios, presa de un espanto extraordinario, incluso sin comprender por qué, cayeran adorando y se escondieran en las profundidades del infierno. ¡Gran dignidad de José! Gran obligación de reverencia le debemos, pues fue el primero en haber llamado Redentor al Hijo de Dios, y fue el primero en haber cooperado con el santo ministerio de la circuncisión para convertirlo en nuestro Redentor.

Capítulo X. Jesús adorado por los Magos. La Purificación.

Reges Tharsis et insulae munera offerent, Reges Arabum et Saba dona adducent. (Los reyes de Tharsis y de islas numerosas le harán sus ofrendas, los reyes de los árabes y de Saba traerán sus dones. – Sal. 71:10)

Aquel Dios que había bajado a la tierra para hacer de la casa de Israel y de los pueblos dispersos una sola familia, quería en torno a su cuna a los representantes de un pueblo y del otro. Los sencillos y los humildes tenían preferencia para estar junto a Jesús; además, los grandes y los sabios de la tierra no debían ser excluidos. Después de los pastores cercanos, Jesús, desde el silencio de su cueva de Belén, movió una estrella del Cielo para traer de vuelta a los adoradores lejanos.

Una tradición, popular en todo Oriente y recogida en la Biblia, anunciaba que nacería un niño en Occidente, que cambiaría la faz del mundo, y que al mismo tiempo aparecería una nueva estrella que marcaría este acontecimiento. En la época del nacimiento del Salvador había en el lejano Oriente unos príncipes llamados comúnmente los tres Reyes Magos, dotados de una ciencia extraordinaria.

Profundamente versados en las ciencias astronómicas, estos tres Magos esperaban ansiosamente la aparición de la nueva estrella que debía anunciarles el nacimiento del maravilloso niño.

Una noche, mientras observaban atentamente el cielo, una estrella de magnitud inusitada pareció desprenderse de la bóveda celeste, como si quisiera descender por encima de la tierra.

Reconociendo ante esta señal que había llegado el momento, partieron apresuradamente, y guiados de nuevo por la estrella llegaron a Jerusalén. La fama de su llegada y, sobre todo, la causa que los guiaba, turbaron el corazón del envidioso Herodes. Este príncipe cruel hizo que los Magos acudieran a él y les dijo: “Informaos exactamente sobre este niño y, en cuanto lo hayáis encontrado, volved a avisarme para

que yo también vaya a adorarlo". Habiendo indicado los doctores de la ley que el Cristo había de nacer en Belén, los Magos salieron de Jerusalén siempre precedidos por la misteriosa estrella. No tardaron en llegar a Belén; la estrella se detuvo sobre la cueva donde estaba el Mesías. Los Magos entraron, se postraron a los pies del niño y lo adoraron.

Después, abriendo los cofres de maderas preciosas que habían traído, le ofrecieron oro como para reconocerle como rey, incienso como Dios y mirra como hombre mortal.

Advertidos entonces por un ángel de los verdaderos designios de Herodes, sin pasar por Jerusalén, regresaron directamente a sus países.

Se acercaba el cuadragésimo día del nacimiento del Santo Niño: la ley de Moisés prescribía que todo primogénito debía ser llevado al templo para ser ofrecido a Dios y así consagrado, y la madre para ser purificada. José, en compañía de Jesús y María, se dirigió a Jerusalén para realizar la ceremonia prescrita. Ofreció dos tórtolas como sacrificio y pagó cinco siclos de plata. Después, habiendo hecho inscribir a su hijo en las tablas del censo y pagado el tributo, la santa pareja regresó a Galilea, a Nazaret, su ciudad.

Capítulo XI. La triste anunciación. – La matanza de los inocentes. – La sagrada familia parte para Egipto.

Surge, accipe puerum et matrem eius et fuge in Aegyptum et esto ibi usque dum dicam tibi. (El ángel del Señor dijo a José: Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te diga. – Mt. 2:13)

Vox in excelso audita est lamentationis, luctus, et fletus Rachel plorantis filios suos, et nolentis consolari super eis quia non sunt. (Se ha oído en lo alto una voz de queja, luto y lamento de Raquel que llora a sus hijos; y respecto a ellos no admite consuelo porque ya no están. – Jer. 31:15)

La tranquilidad de la sagrada familia no iba a ser de larga duración. En cuanto José hubo regresado a la casa

pobre de Nazaret, un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «Levántate, aparta de ti al niño y a su madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te ordene volver. Porque Herodes buscará al niño para darle muerte».

Y esto era demasiado cierto. El cruel Herodes, engañado por los Magos y furioso por haber perdido una ocasión tan buena de deshacerse de quien consideraba un competidor al trono, había concebido el designio infernal de hacer degollar a todos los niños varones menores de dos años. Esta orden abominable fue ejecutada.

Un ancho río de sangre corrió por Galilea. Entonces se cumplió lo que Jeremías había predicho: “Se oyó una voz en Ramá, una voz mezclada de lágrimas y lamentos. Es Raquel que llora a sus hijos y no quiere ser consolada, porque ya no están”. Estos pobres inocentes, cruelmente asesinados, fueron los primeros mártires de la divinidad de Jesucristo.

José había reconocido la voz del Ángel; no se permitió ninguna reflexión sobre la precipitada partida, a la que tuvieron que decidirse; sobre las dificultades de un viaje tan largo y tan peligroso. Debió de lamentar abandonar su pobre hogar para atravesar los desiertos y buscar asilo en un país que no conocía. Sin esperar siquiera a mañana, en cuanto el ángel desapareció se levantó y corrió a despertar a María. María preparó apresuradamente una pequeña provisión de ropa y víveres para que se los llevaran. José, mientras tanto, preparó la yegua, y partieron sin pesar de su ciudad para obedecer el mandato de Dios. He aquí, pues, a un pobre anciano, que hace vanas las horribles conspiraciones del tirano de Galilea; es a él a quien Dios confía la custodia de Jesús y María.

Capítulo XII. Desastroso viaje – Una tradición.

Si persequentur vos in civitate ista, fugite in aliam. (Cuando os persigan en esta ciudad, huid a otra. – Mt. 10, 23.)

Dos caminos se presentaban al viajero que quería ir a Egipto por tierra. El uno atravesaba desiertos poblados

de bestias feroces, y los caminos eran ásperos, largos y poco frecuentados. El otro atravesaba un país poco visitado, pero los habitantes de la comarca eran muy hostiles a los judíos. José, que temía especialmente a los hombres en esta precipitada huida, eligió el primero de estos dos caminos por ser el más oculto.

Partiendo de Nazaret en plena noche, los cautelosos viajeros, cuyo itinerario les exigía pasar cerca de Jerusalén, recorrieron durante algún tiempo los caminos más tristes y tortuosos. Cuando era necesario cruzar algún gran camino, José, dejando a Jesús y a su Madre al abrigo de una roca, exploraba el camino, para asegurarse de que la salida no estaba vigilada por los soldados de Herodes. Tranquilizado por esta precaución, volvió a buscar su precioso tesoro, y la sagrada familia prosiguió su viaje, entre barrancos y colinas. De vez en cuando, hacían una breve parada a la orilla de un claro arroyo, y después de una frugal comida descansaban un poco de los esfuerzos del viaje. Cuando llegó la noche, era hora de resignarse a dormir bajo el cielo abierto. José se despojó de su manto y cubrió con él a Jesús y a María para preservarlos de la humedad de la noche. Mañana, al amanecer, comenzaría de nuevo el arduo viaje. Los santos viajeros, tras atravesar la pequeña ciudad de Anata, se dirigieron por el lado de Ramla para descender a las llanuras de Siria, donde ahora debían verse libres de las asechanzas de sus feroces perseguidores. En contra de su costumbre, habían seguido caminando a pesar de que ya era de noche, para ponerse antes a salvo. José casi tocaba el suelo por delante de los demás. María, toda temblorosa por aquella carrera nocturna, movía sus miradas inquietas hacia las profundidades de los valles y las sinuosidades de las rocas. De pronto, en una curva, un enjambre de hombres armados apareció para interceptar su camino. Era una banda de canallas, que asolaba la comarca, cuya espantosa fama se extendía a lo lejos. José había detenido la montura de María y rezaba al Señor en silencio, pues toda resistencia era imposible. A lo sumo se podía esperar salvar la vida. El jefe de los bandidos se separó de

sus compañeros y avanzó hacia José para ver con quién tenía que vérselas. La visión de aquel anciano sin brazos, de aquel niño durmiendo sobre el pecho de su madre, conmovió el corazón sanguinario del bandido. Lejos de desearles ningún mal, tendió la mano a José, ofreciéndole hospitalidad a él y a su familia. Este líder se llamaba Dimas. La tradición cuenta que treinta años después fue apresado por los soldados y condenado a ser crucificado. Fue puesto en la cruz del Calvario al lado de Jesús, y es el mismo que conocemos con el nombre del buen ladrón.

Capítulo XIII. Llegada a Egipto – Prodigios ocurridos a su entrada en esta tierra – Aldea de Matari – Morada de la Sagrada Familia.

Ecce ascendet Dominus super nubem levem et commovebuntur simulacra Aegypti. (He aquí que el Señor ascenderá sobre una nube ligera y entrará en Egipto, y en su presencia se contorsionarán los simulacros de Egipto. – Is. 19:1)

En cuanto apareció el día, los fugitivos, dando gracias a los bandidos que se habían convertido en sus anfitriones, reanudaron su viaje lleno de peligros. Se dice que María, al ponerse en camino, dijo estas palabras al jefe de aquellos bandidos: «Lo que has hecho por este niño, algún día te será ricamente recompensado.» Tras pasar por Belén y Gaza, José y María descendieron a Siria y, al encontrarse con una caravana que partía hacia Egipto, se unieron a ella. A partir de este momento y hasta el final de su viaje, no vieron ante sí más que un inmenso desierto de arena, cuya aridez sólo se veía interrumpida a intervalos raros por algunos oasis, es decir, algunas extensiones de tierra fértil y verde. Sus esfuerzos se redoblaron durante la carrera a través de estas llanuras abrasadas por el sol. La comida era escasa y a menudo faltaba el agua. ¡Cuántas noches tuvo que retroceder José, que era viejo y pobre, cuando intentó acercarse al manantial en el que la caravana se había detenido para saciar su sed!

Finalmente, tras dos meses de penoso viaje, los

viajeros entraron en Egipto. Según Sozomeno, desde el momento en que la Sagrada Familia tocó esta antigua tierra, los árboles bajaron sus ramas para adorar al Hijo de Dios; las bestias feroces acudieron allí, olvidando sus instintos; y los pájaros cantaron a coro las alabanzas del Mesías. En efecto, si creemos lo que nos dicen autores fidedignos, todos los ídolos de la provincia, al reconocer al vencedor del paganismo, se derrumbaron. Así se cumplieron literalmente las palabras del profeta Isaías cuando dijo: "He aquí que el Señor subirá sobre una nube y entrará en Egipto, y en su presencia serán quebrantados los simulacros de Egipto".

José y María, deseosos de llegar pronto al final de su viaje, no hicieron sino pasar por Heliópolis, consagrada al culto del sol, para dirigirse a Matari, donde pensaban descansar de sus fatigas.

Matari es una hermosa aldea sombreada por sicomoros, a unas dos leguas de El Cairo, la capital de Egipto. Allí pensaba José establecerse. Pero allí no terminaban sus problemas. Necesitaba buscar alojamiento. Los egipcios no eran nada hospitalarios, por lo que la sagrada familia se vio obligada a refugiarse durante unos días en el tronco de un gran árbol viejo. Finalmente, tras una larga búsqueda, José encontró una habitación modesta y pequeña, en la que colocó a Jesús y a María.

Esta casa, que aún puede verse en Egipto, era una especie de cueva, de seis metros de largo por cinco de ancho. Tampoco había ventanas; la luz tenía que penetrar por la puerta. Las paredes eran de una especie de arcilla negra y sucia, cuya antigüedad llevaba la huella de la miseria. A la derecha había una pequeña cisterna, de la que José sacaba agua para el servicio de la familia.

Capítulo XIV. Las penas. – Consolación y fin del destierro.

Cum ipso sum in tribulatione. (Con él estoy en la tribulación.
– Sal. 90:15)

Recién entrado en esta nueva morada, José reanudó

su trabajo ordinario. Empezó a amueblar su casa; una mesita, unas sillas, un banco, todo obra de sus manos. Luego fue de puerta en puerta buscando trabajo para ganarse la vida para su pequeña familia. Sin duda experimentó muchos rechazos y soportó muchos desprecios humillantes. Era pobre y desconocido, y esto bastó para que su trabajo fuera rechazado. A su vez, María, mientras tenía mil cuidados para su Hijo, se entregó valientemente al trabajo, ocupando en él una parte de la noche para compensar los pequeños e insuficientes ingresos de su marido. Sin embargo, en medio de sus penas, ¡cuánto consuelo para José! Trabajaba para Jesús, y el pan que comía el divino niño lo había comprado con el sudor de su frente. Y cuando regresó al atardecer agotado y oprimido por el calor, Jesús sonrió a su llegada y le acarició con sus pequeñas manos. A menudo, con el precio de las privaciones que se imponía a sí mismo, José conseguía algunos ahorros, ¡qué alegría sintió entonces al poder utilizarlos para endulzar la condición del niño divino! Ahora eran unos dátiles, ahora unos juguetes adecuados a su edad, lo que el piadoso carpintero llevaba al Salvador de los hombres. ¡Oh, qué dulces eran entonces las emociones del buen anciano al contemplar el rostro radiante de Jesús! Cuando llegó el sábado, día de descanso y consagrado al Señor, José tomó al niño de la mano y guió sus primeros pasos con una solicitud verdaderamente paternal.

Mientras tanto, murió el tirano que reinaba sobre Israel. Dios, cuyo brazo todopoderoso castiga siempre a los culpables, le había enviado una cruel enfermedad, que le condujo rápidamente a la tumba. Traicionado por su propio hijo, comido vivo por los gusanos, Herodes había muerto, llevando consigo el odio de los judíos y la maldición de la posteridad.

Capítulo XV. La nueva anunciación. – Regreso a Judea. – Tradición relatada por San Buenaventura.

Ex Aegypto vocavi filium meum. (Desde Egipto llamé a mi hijo.
– Os. 11:1)

Hacia siete años que José estaba en Egipto, cuando el Ángel del Señor, mensajero ordinario de la voluntad del Cielo, se le apareció de nuevo durante el sueño y le dijo: "Levántate, aparta de ti al niño y a su madre, y vuelve a la tierra de Israel, pues ya no están los que buscaban al niño para darle muerte". Siempre dispuesto a la voz de Dios, José vendió su casa y sus muebles, y lo ordenó todo para partir. En vano los egipcios, extasiados por la bondad de José y la dulzura de María, hicieron fervientes súplicas para retenerle. En vano le prometieron abundancia de todo lo necesario para la vida, José se mostró inflexible. Los recuerdos de su infancia, los amigos que tenía en Judea, la atmósfera pura de su patria, hablaban mucho más a su corazón que la belleza de Egipto. Además, Dios había hablado, y no hacía falta nada más para decidir a José a regresar a la tierra de sus antepasados.

Algunos historiadores opinan que la Sagrada Familia hizo parte del viaje por mar, porque les llevaba menos tiempo, y tenían un gran deseo de volver a ver pronto su patria. En cuanto desembarcaron en Ascalonia, José se enteró de que Arquelao había sucedido en el trono a su padre Herodes. Esto supuso una nueva fuente de ansiedad para José. El ángel no le había dicho en qué parte de Judea debía establecerse. ¿Debía hacerlo en Jerusalén, en Galilea o en Samaría? José, lleno de ansiedad, rogó al Señor que le enviara a su mensajero celestial durante la noche. El ángel le ordenó que huyera de Arquelao y se retirara a Galilea. Entonces José ya no tuvo nada que temer y tomó tranquilamente el camino de Nazaret, que había abandonado siete años antes.

Que nuestros devotos lectores no se apenen al oír del seráfico Doctor San Buenaventura sobre este punto de la historia: "Estaban en el acto de partir: y José fue primero con los hombres, y su madre vino con las mujeres (que habían venido como amigas de la sagrada familia para acompañarles un poco). Cuando salieron por la puerta, José hizo retroceder a los hombres y no les permitió que le acompañaran más. Entonces uno de los hombres buenos, compadeciéndose de la pobreza de aquellos hombres, llamó al Niño y le dio algo de dinero para

los gastos. El Niño se avergonzó de recibirlos; pero, por amor a la pobreza, extendió la mano y recibió el dinero con vergüenza y le dio las gracias. Y así lo hicieron más personas. Aquellas honorables matronas volvieron a llamarle e hicieron lo mismo; la madre no estaba menos avergonzada que el niño, pero, no obstante, les dio humildemente las gracias”.

Tras despedirse de aquella cordial compañía y renovar sus agradecimientos y saludos, la sagrada familia volvió sus pasos hacia Judea.

Capítulo XVI. Llegada de José a Nazaret. – Vida doméstica con Jesús y María.

Constituit eum dominum domus suae. (Le constituyó señor de su casa. – Sal. 104,20)

Por fin habían terminado los días del exilio. José podía volver a ver su añorada tierra natal, que le traía los recuerdos más entrañables. Habría que amar a la propia patria como la amaban entonces los judíos, para comprender las dulces impresiones que llenaban el alma de José cuando aparecía a lo lejos la vista de Nazaret. El humilde patriarca aceleró el paso de la cabalgadura de María, y pronto llegaron a las estrechas calles de su querida ciudad.

Los nazarenos, que ignoraban la causa de la partida del piadoso obrero, vieron su regreso con alegría. Los cabezas de familia acudieron a dar la bienvenida a José y a estrechar la mano del anciano, cuya cabeza estaba vuelta lejos de su patria. Las hijas saludaron a la humilde Virgen, cuya gracia aumentaba aún más por los cuidados con que rodeaba a su divino hijo. El amado Jesús vio a los muchachos de su edad que acudían a él y, por primera vez, oyó la lengua de sus antepasados en lugar de la amarga lengua del exilio.

Pero el tiempo y la negligencia habían reducido la pobre morada de José a un mal estado. La hierba salvaje había crecido sobre las paredes, y la polilla se había apoderado de los viejos muebles de la sagrada familia.

Se vendió parte del terreno que rodeaba la casa, y

con su precio se compraron los enseres domésticos más necesarios. Los escasos recursos de la pareja se emplearon en las compras más indispensables. A José sólo le quedaban su taller y sus armas. Pero la estima que todos sentían por el santo varón, la confianza que la gente tenía tanto en su buena fe como en su capacidad, hicieron que poco a poco volvieran a él el trabajo y los mecenas; y el valeroso carpintero no tardó en reanudar su trabajo habitual. Había envejecido en sus trabajos, pero su brazo seguía siendo fuerte, y su ardor aún aumentaba después de que le hubieran encargado alimentar al Salvador de la humanidad.

Jesús crecía en edad y sabiduría. Del mismo modo que José había guiado sus primeros pasos, cuando aún era un niño pequeño, también dio a Jesús su primer conocimiento del trabajo. Sostuvo su manita y la dirigió para enseñarle a trazar líneas y a manejar el plano. Enseñó a Jesús las dificultades y la práctica del oficio. ¡Y el Creador del mundo se dejó guiar por su fiel servidor, al que había elegido por padre!

José, que era asiduo en los oficios del santo templo, como diligente en los deberes de su trabajo, observaba estrictamente la ley de Moisés y la religión de sus antepasados. Por eso nunca se le veía trabajando en un día festivo, pues había comprendido que ni un solo día a la semana es demasiado para rezar al Señor y agradecerle sus favores. Cada año, en las tres grandes fiestas judías, las de Pascua, Pentecostés y Tabernáculos, acudía al templo de Jerusalén en compañía de María. De ordinario dejaba a Jesús en Nazaret, que habría estado excesivamente cansado por el largo viaje; y siempre solía rogar a uno de sus vecinos que se hiciera cargo del niño en ausencia de sus padres.

Capítulo XVII. Jesús va con María, su madre, y San José a celebrar la Pascua en Jerusalén. – Se pierde y lo encuentran al cabo de tres días.

Fili, quid fecisti nobis sic? Ecce pater tuus et ego dolentes quaerebamus te. Quid est quod me quaerebatis? Nesciebatis quia

in his quae Patris mei sunt oportet me esse? (Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? He aquí que tu padre y yo, afligidos, fuimos en tu busca; [y él les dijo] ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en las cosas de mi Padre debía estar ocupado? – Lc. 2:48-49)

Cuando Jesús cumplió doce años y se acercaba la fiesta de Pascua, José y María lo juzgaron lo bastante fuerte para soportar el viaje y lo llevaron con ellos a Jerusalén. Permanecieron unos siete días en la ciudad santa para celebrar la Pascua y realizar los sacrificios ordenados por la ley.

Cuando terminaron las fiestas pascuales, emprendieron el camino de regreso a Nazaret en medio de sus parientes y amigos. La caravana era muy numerosa. En la sencillez de sus costumbres, las familias de un mismo pueblo o aldea regresaban a sus casas en alegres brigadas, en las que los ancianos hablaban animadamente con los ancianos, las mujeres con las mujeres, mientras los niños corrían y jugaban juntos por el camino. Así que José, al no ver a Jesús cerca de sí, lo creyó, como era natural, con su madre o con los muchachos de su edad. María también caminaba entre sus compañeras, igualmente convencida de que el niño seguía a los demás. Al atardecer, la caravana se detuvo en la pequeña ciudad de Machmas para pasar la noche. José vino a buscar a María; pero ¿cuál no fue su sorpresa y su pena cuando se preguntaron mutuamente dónde estaba Jesús? Ni uno ni otro le habían visto después de salir del templo; los muchachos, por su parte, no podían dar noticias suyas. No estaba con ellos.

Inmediatamente, José y María, a pesar de su cansancio, se pusieron de nuevo en camino hacia Jerusalén. Pálidos e inquietos, recorrieron el camino que ya habían recorrido aquel mismo día. Los alrededores resonaban con sus gritos de duelo; José llamaba a Jesús, pero éste no respondía. Al amanecer llegaron a Jerusalén, donde, según dice el Evangelio, pasaron tres días enteros buscando a su hijo amado. ¡Cuánto le dolió el corazón a José! ¡Y cuánto tuvo que reprocharse un momento de distracción! Finalmente, hacia el

final del tercer día, estos padres desolados entraron en el templo, más bien para invocar la luz de lo alto que con la esperanza de encontrar allí a Jesús. Pero ¡cuál fue su sorpresa y admiración al ver al niño divino en medio de los doctores maravillados por la sabiduría de sus discursos, las preguntas y las respuestas que les daba! María, llena de alegría porque había encontrado a su hijo, no pudo, sin embargo, abstenerse de expresarle la inquietud que la afligía: “Hijo mío -le dijo-, ¿por qué nos has hecho esto? hace tres días que te buscamos con dolor”. – Jesús respondió: “¿Por qué me buscabais así? ¿No sabíais que es asunto mío ocuparme de lo que concierne a mi padre?” El evangelio añade que José y María no comprendieron inmediatamente esta respuesta. Afortunados por haber encontrado a Jesús, volvieron tranquilamente a su pequeño hogar de Nazaret.

Capítulo XVIII. Continuación de la vida doméstica de la sagrada familia.

Et erat subditus illis. (Y Jesús les fue obediente. – Lc. 2,51)

El santo Evangelio, después de relatar los rasgos principales de la vida de Jesús hasta los doce años, concluye en este punto toda la vida privada de Jesús hasta los treinta años con estas breves palabras: “Jesús era obediente a María y a José, *et erat subditus illis*”. Estas palabras, aunque ocultan a nuestros ojos la gloria de Jesús, revelan en un aspecto magnífico la grandeza de José. Si el educador de un príncipe ocupa una honrosa dignidad en el Estado, ¡cuál debía ser la dignidad de José, mientras se le confiaba la educación del Hijo de Dios! Jesús, cuya fuerza había crecido con los años, se convirtió en alumno de José. Le siguió en sus días de trabajo, y bajo su dirección aprendió el oficio de carpintero. San Cipriano, obispo de Cartago, escribió hacia el año 250 de la era cristiana que aún se conservaban con veneración los arados hechos por la mano del Salvador. Fue sin duda José quien había proporcionado el modelo y quien había dirigido la

mano del Creador de todas las cosas en su taller.

Jesús quiso dar a los hombres el ejemplo de la obediencia incluso en las más pequeñas circunstancias de la vida. Así, cerca de Nazaret aún puede verse un pozo, donde José envió al divino niño a sacar agua para las necesidades de la familia.

Nos faltan detalles sobre estos laboriosos años que José pasó en Nazaret con Jesús y María. Lo que podemos decir sin temor a equivocarnos es que José trabajó incansablemente para ganarse el pan. La única distracción que se permitía era conversar bien y a menudo con el Salvador, cuyas palabras quedaron profundamente grabadas en su corazón.

A los ojos de los hombres, Jesús pasó por hijo de José. Y éste, cuya humildad era tan grande como su obediencia, guardaba en sí mismo el misterio que estaba encargado de proteger con su presencia. "José", dice Bossuet, "vio a Jesús y guardó silencio; lo saboreó y no habló de él; se contentó sólo con Dios sin compartir su gloria con los hombres. Cumplió su vocación, pues así como los apóstoles fueron ministros del Jesucristo conocido, José fue ministro y compañero de su vida oculta".

Capítulo XIX. Últimos días de San José. Su preciosa agonía.

*io nimis felix, nimis o beatus Cuius extremam vigiles ad horam
Christus et Virgo simul astiterunt Ore sereno!* (Oh alma piadosa bendita o feliz que, de tu destierro en el último momento, gozaste al lado de Jesús y María la bella semblanza. – de San José).

José estaba llegando a los ochenta años, y Jesús no tardaría en salir de su casa para recibir el bautismo de manos de Juan el Bautista, cuando Dios llamó a sí a su fiel siervo. Trabajos y fatigas de todo tipo habían desgastado el robusto estado de ánimo de José, y él mismo sentía que su fin estaba cerca. Después de todo, su misión en la tierra había terminado; y era justo que recibiera al fin la recompensa que merecían sus virtudes.

Por un favor muy especial, un ángel vino a advertirle de la proximidad de su muerte. Estaba preparado para comparecer ante Dios. Toda su vida no había sido más que una serie de actos de obediencia a la voluntad divina y poco le importaba la vida, pues se trataba de obedecer a Dios, que le llamaba a la vida bienaventurada. Según el testimonio unánime de la tradición, José no murió en el sufrimiento agudo de la enfermedad. Murió suavemente, como una llama a la que le ha faltado el alimento.

Yaciendo en su lecho de muerte, con Jesús y María a su lado, José quedó extasiado durante veinticuatro horas. Sus ojos vieron entonces con claridad las verdades que su fe había creído hasta entonces sin comprender. Penetró en el misterio de Dios hecho hombre y en la grandeza de la misión que Dios le había confiado a él, un pobre mortal. Presenció en espíritu los dolores de la pasión del Salvador. Cuando despertó, su rostro estaba iluminado y como transfigurado por una belleza totalmente celestial. Un delicioso perfume llenaba la habitación en la que yacía y se esparcía también fuera, anunciando así a los vecinos del santo varón que su alma pura y bella estaba a punto de pasar a un mundo mejor.

En una familia de almas pobres y sencillas que se aman con ese amor puro y cordial que difícilmente se encuentra en el seno de la grandeza y la abundancia, cuando estas personas disfrutaron de los años de peregrinación en santa unión, y que, al igual que compartían las alegrías domésticas, compartían las penas santificadas por el consuelo religioso, si ocurriera que esta hermosa paz se viera oscurecida por la separación de un miembro querido, ¡oh cuán angustiado se siente entonces el corazón al separarse!

Jesús tuvo como Dios a un padre en el cielo que le comunicó su sustancia y naturaleza divinas desde toda la eternidad, haciendo eterna la gloria celestial de su persona en la tierra (aunque velada por los restos mortales); María tuvo a Jesús en la tierra que llenó su corazón de paraíso. Sin embargo, ¿quién negaría que Jesús y María, estando ahora cerca del Patriarca moribundo y dejando incluso la ternura de sus

corazones a merced de la naturaleza, no sufrieron por tener que separarse temporalmente de su fiel compañero en la tierra? María no podía olvidar los sacrificios, los dolores, las penalidades, que José había tenido que sufrir por ella en los penosos viajes a Belén y a Egipto. Es cierto que José, al estar continuamente en su compañía, se veía compensado por lo que sufría, pero si esto era un argumento de consuelo para la una, no era una razón que dispensara al tierno corazón de la otra de un sentimiento de gratitud. José la había servido no sólo con todo el afecto de un esposo, sino también con toda la fidelidad de un siervo y la humildad de un discípulo, venerando en ella a la Reina del cielo, a la Madre de Dios. Ahora bien, ciertamente María no había pasado por alto tantas muestras de veneración, obediencia y estima, y no podía dejar de sentir una profunda y muy verdadera gratitud hacia José.

Y Jesús, que en cuestiones de amor ciertamente no debía ser inferior a ninguno de los dos, puesto que había dispuesto en los decretos de su divina Providencia que José fuera su guardián y protector en la tierra, puesto que esta protección también había tenido que costarle a José tantos sufrimientos y trabajos, también Jesús debió de sentir en su corazón más amoroso los más dulces sentimientos de agradecido recuerdo. Al contemplar aquellos escasos brazos dispuestos en cruz sobre su fatigado pecho, recordó cuántas veces se habían abierto para estrecharlo contra su pecho cuando se lamentaba en Belén, cómo se habían afanado para llevarlo a Egipto, cómo se habían agotado en el trabajo para guardarle el pan de la vida. Cuántas veces aquellos labios queridos se habían acercado reverentes para imprimirle besos amorosos o para calentar sus miembros resacos en invierno; y aquellos ojos, que entonces estaban a punto de cerrarse a la luz del día, cuántas veces se habían abierto al llanto, honrando los sufrimientos de Él y de María, cuando tuvo que contemplarlo huyendo a Egipto, pero sobre todo cuando durante tres días lo lloró perdido en Jerusalén. Sin duda, estas muestras de amor inquebrantable no fueron olvidadas por Jesús en aquellos últimos momentos de la vida de José. Por eso imagino que María

y Jesús, en la difusión del paraíso en aquellas últimas horas de la vida de José, también habrán honrado, como sobre la tumba de su amigo Lázaro, con el derramamiento de las lágrimas más puras, aquella última despedida solemne. ¡Oh sí, José tenía el paraíso ante sus ojos! Volvió su mirada a un lado y vio la aparición de María, y sostuvo sus santísimas manos entre las suyas, y recibió sus últimos cuidados, y oyó sus palabras de consuelo. Volvió los ojos hacia el otro lado y se encontró con la mirada majestuosa y todopoderosa de Jesús, y sintió sus manos divinas sosteniendo su cabeza, y enjugando sus sudores, y recogiendo de sus labios consuelos, acciones de gracias, bendiciones y promesas. Y me parece que María decía: "José, nos dejas; has terminado la peregrinación del destierro, me precederás en tu paz, descendiendo primero al seno de nuestro padre Abraham; ¡oh José, cuánto te agradezco la dulce compañía que me has hecho, los buenos ejemplos que me has dado, el cuidado que has tenido de mí y de mis cosas y los dolores más penosos que has sufrido por mi causa! oh, me dejas, pero vivirás siempre en mi recuerdo y en mi corazón. Ten buen ánimo, oh José, *quoniam appropinquat redemptio nostra*". Y me parece que Jesús dijo: "José mío, tú mueres, pero yo también moriré, y si yo muero debes estimar la muerte y amarla como una recompensa. Corto es, oh José, el tiempo de la oscuridad y de la espera. Díselo a Abraham y a Isaac, que ansiaban verme y no fueron dignos; díselo a los que han esperado muchos años mi venida en esa oscuridad, y háblales de la liberación venidera; díselo a Noé, a José, a David, a Judit, a Jeremías, a Ezequiel, a todos esos Padres que deben esperar tres años más, y entonces se consumirán la Hueste y el Sacrificio y se borrarán la iniquidad del mundo. Mientras tanto, después de este breve tiempo, resucitarás gloriosa y hermosa, y conmigo, más gloriosa y más hermosa, te alzarás en la embriaguez del triunfo. Alégrate, querido guardián de mi vida, fuiste bueno y generoso conmigo, pero nadie puede ganarme con la gratitud". La santa Iglesia expresa las amorosas últimas atenciones de Jesús y María hacia san José con estas palabras: "*Cuius extremas vigiles ad horas Christus*

et Mater simul astiterunt ore sereno". En las últimas horas de San José, con semblante sereno, Jesús y María asistieron con la más amorosa vigilancia.

[\(continuación\)](#)

Salesianos en Tarnowskie Góry

En Polonia existe un lugar, tal vez único, donde los Salesianos atienden a jóvenes de distintos orígenes sociales. Niños y jóvenes de zonas urbanas y rurales, ricos y pobres, discapacitados, abandonados por sus padres, marginados se reúnen en una obra. Algunos estudian en la escuela, otros han encontrado aquí un hogar, un patio, un lugar para encontrarse con Dios. Durante veinticinco años, el Instituto Salesiano de Tarnowskie Góry ha sido un segundo hogar no sólo para los jóvenes, sino también un lugar donde se mezclan distintas realidades, apoyando al ser humano, a cada ser humano.

Una breve historia

Tarnowskie Góry es una ciudad de sesenta mil habitantes situada en la Alta Silesia, una región muy especial en el mapa de Polonia por su cultura original, su dialecto y sus numerosas tradiciones. Es una ciudad con una rica historia, cuyos orígenes están vinculados a las minas de plata que funcionaron aquí desde finales del siglo XV hasta principios del siglo XX. La dedicación al trabajo y la fidelidad a la tradición siguen caracterizando hoy a sus habitantes.

Los Salesianos de la Inspectoría de Breslavia (Wroclaw) (PL0) llegaron a Tarnowskie Góry a finales de 1998-1999 para hacerse cargo de los edificios del antiguo instituto de rehabilitación para discapacitados, situado en un hermoso parque natural

conocido como Parque Repty. El parque perteneció a la acaudalada familia Donnersmarck, que construyó allí un palacio y dependencias para la servidumbre. Tras la Segunda Guerra Mundial, el palacio fue destruido y en su lugar se creó un hospital para mineros víctimas de accidentes. El edificio de la servidumbre se amplió y se creó un centro para rehabilitar y adaptar a mineros y otras personas discapacitadas. Con el tiempo, esta institución se llamó Instituto de Rehabilitación para Minusválidos y fue entregada a los Salesianos. Una vez terminadas las obras más necesarias, el 30 de septiembre de 1999 se inauguró solemnemente la presencia salesiana en la ciudad. Se trata de una presencia especial, pues no es sólo una escuela salesiana con oratorio, sino toda la estructura necesaria para acoger e integrar a los discapacitados.

La estructura del Instituto

Hoy en día, la estructura del Instituto Salesiano incluye

- Escuela Primaria y Secundaria con 633 alumnos en el curso 2023-2024;
- Escuela para Necesidades Especiales con casi 50 alumnos y un internado, principalmente para discapacitados, donde viven 30 alumnos;
- Centro de Atención a personas con discapacidad, con cerca de 40 personas;
- el Centro de Rehabilitación, que presta cada año casi 870 servicios de rehabilitación a casi 530 jóvenes menores de edad
- el Oratorio, donde reciben formación unos 70 jóvenes
- el Centro de Hospitalidad, que acoge a diversos grupos para retiros o actividades recreativas.

Más de 150 personas trabajan en el Instituto, atendiendo diariamente a los jóvenes.

Las escuelas

La riqueza de las escuelas reside en los alumnos y los profesores. Las escuelas del Instituto emplean a profesores que, además de su formación especializada, tienen cualificaciones en pedagogía y terapia especiales. Las

aptitudes de estos profesores responden a las necesidades especiales de los alumnos con discapacidades físicas y dificultades específicas de aprendizaje, que no faltan en las escuelas salesianas de Tarnowskie Góry. Los profesores son creativos, mejoran constantemente sus competencias y tienen mucha experiencia en su trabajo.

El programa educativo de las escuelas se deriva de los principios del Sistema Educativo Salesiano y tiene particularmente la fórmula de integración de este trabajo. Al mismo tiempo, el programa define la especificidad de la escuela católica y salesiana, que basa sus actividades educativas en valores cristianos. En particular, se educa a los jóvenes en la aceptación y la formación de sí mismos en base a sus propias capacidades y a las limitaciones de la discapacidad; en la amabilidad y la tolerancia de las concepciones del mundo, la religión y la raza; en vivir y actuar de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia católica; en el patriotismo y la preocupación por el bien común; en la sensibilidad hacia el destino de los demás; en la capacidad de afrontar la preparación para la vida profesional, familiar y personal; en la verdad, la independencia, la responsabilidad; en la comunión con la naturaleza y el uso de sus bienes; en la formación de la cultura personal.

Escuela para Necesidades Especiales con internado



La Escuela de Necesidades Especiales con internado acoge a alumnos discapacitados de toda Polonia. El objetivo de la escuela y del internado es permitir a los alumnos recibir una educación adecuada a sus capacidades y proporcionarles una atención educativa integral, así como posibilitar su participación en la rehabilitación terapéutica y social y preparar a los alumnos para su participación independiente en la vida social. Esta parte de la obra salesiana en Tarnowskie Góry hace presente de forma especial la dimensión del hogar

según los criterios del Sistema Preventivo de Don Bosco y sensibiliza a toda la comunidad sobre los jóvenes más necesitados.

Centro de asistencia a personas con discapacidad

El centro de asistencia para personas con discapacidad es una estructura pública dentro de la obra salesiana que lleva a cabo tareas de rehabilitación social y profesional. Ayuda al desarrollo general mejorando la idoneidad de los adultos para funcionar de la forma más independiente y activa posible en su entorno. Las actividades de rehabilitación se adaptan a las capacidades y habilidades individuales de los participantes. Tienen acceso a talleres terapéuticos adecuadamente equipados, dirigidos por terapeutas e instructores cualificados.

Centro de Rehabilitación

Es una institución creada para ofrecer actividades terapéuticas y de rehabilitación permanentes e integrales a alumnos discapacitados y con necesidades especiales. Se trata de una ventaja indudable del Instituto Salesiano, ya que los jóvenes que necesitan rehabilitación pueden beneficiarse de ella en su lugar de estudio y residencia y en horarios coordinados con las actividades escolares.

Oratorio

El Oratorio es la realización de la idea fundamental de Don Bosco: crear un entorno para los jóvenes que sea hogar, escuela, patio de recreo e iglesia. Ofrece a los alumnos y a los responsables del Centro, así como a los niños y jóvenes de fuera, la posibilidad de: emplear bien su tiempo libre, desarrollar sus capacidades sociales, artísticas e intelectuales, educarles para ser activos y actuar por el bien de los demás, y darles la oportunidad de profundizar en su vida espiritual. Los jóvenes, sobre todo los escolares, se forman para ser “buenos cristianos y honrados ciudadanos” en la vida adulta; participan en la formación en la comunidad

local, pero también a nivel de la Provincia de Breslavia. Prestan un servicio a los jóvenes tanto en la escuela como fuera de ella, por ejemplo, en el verano juvenil.



Hospitalidad

El Centro ofrece un lugar para acoger a huéspedes que desean descansar, renovarse espiritualmente y disfrutar de la belleza de la campiña circundante. De hecho, a lo largo del año el Instituto acoge a diversos grupos, especialmente a los que desean vivir momentos de formación o retiro.

La Colina de las Bienaventuranzas, donde se realiza el sueño de Don Bosco

El corazón de la Obra Salesiana de Tarnowskie Góry es una capilla dedicada a Don Bosco. En el altar hay una estatua del educador turinés que señala la meta a Santo Domingo Savio: el cielo. De hecho, el objetivo de la actividad salesiana en Tarnowskie Góry es la educación mediante la evangelización y la evangelización mediante la educación. Es interesante señalar que el Instituto está situado en una colina. Es, en cierto sentido, la “Colina de las Bienaventuranzas”: aquí Dios bendice verdaderamente a los jóvenes, aquí les enseña el modo de vida según las Bienaventuranzas del Evangelio a través de las manos de los maestros y educadores. En esta colina, cada día, se realiza el sueño de Don Bosco, aunque a veces tenga que realizarse a lo largo de un sendero sembrado de espinas, como él mismo soñó: “Aquí está tu campo, aquí es donde debes trabajar. Hazte humilde, fuerte y robusto (...). A su debido tiempo lo comprenderás todo”.

don Krystian SUKIENNIK, sdb

Vida de San José, esposo de María Santísima, padre adoptivo de Jesucristo (1/3)

San José es patrono de la Iglesia y también copatrono de la Congregación Salesiana. Desde el principio, Don Bosco quiso asociarlo como protector de la naciente obra en favor de los jóvenes. Seguro de su poderosa intercesión, quiso difundir su culto y escribió para ello una vida, más para instruir que para meditar, que deseamos presentar a continuación.

Prefacio

En un momento en que la devoción al glorioso padre adoptivo de Jesús, San José, parece ser tan universal, creemos que no estaría de más que nuestros lectores publicaran hoy un dossier sobre la vida de este santo.

Las dificultades encontradas para encontrar los hechos particulares de la vida de este santo en los escritos antiguos tampoco deben disminuir en lo más mínimo nuestra estima y veneración por él; al contrario, en el silencio tan sagrado del que está rodeada su vida encontramos algo misterioso y grandioso. San José había recibido de Dios una misión totalmente opuesta a la de los apóstoles (Bossuet). Estos últimos debían dar a conocer a Jesús; José debía mantenerlo oculto; ellos debían ser antorchas que lo mostraran al mundo, éste un velo que lo cubriera. Así pues, José no era para sí mismo, sino para Jesucristo.

Por tanto, estaba en la economía de la Divina Providencia que San José se mantuviera oculto mostrando sólo lo necesario para autentificar la legitimidad del matrimonio con María, y para despejar toda sospecha sobre la filiación de Jesús. Pero, aunque no podamos penetrar en el Santuario del Corazón de José y admirar las maravillas que Dios obró allí, sostenemos, sin embargo, que para gloria de su divino

protegido, para gloria de su esposa celestial, José tuvo que reunir en sí mismo un cúmulo de gracias y dones celestiales.

Puesto que la verdadera perfección cristiana consiste en aparecer tan grande ante Dios como el más pequeño ante los hombres, San José, que pasó su vida en la más humilde oscuridad, es capaz de proporcionar el modelo de aquellas virtudes que son como la flor de la santidad, la santidad interior, de modo que lo que David escribió de la sagrada esposa puede decirse muy bien de San José: *Omnis gloria eius filia Regis ab intus (toda resplandeciente esta hija de reyes en el interior (Sal 44,14).*

S. José es universalmente reconocido e invocado como protector de los moribundos, y ello por tres razones: 1^{ro} por el imperio amoroso que adquirió sobre el Corazón de Jesús, juez de vivos y muertos y su hijo adoptivo; 2^{do} por el extraordinario poder que Jesucristo le confirió para vencer a los demonios que asaltan a los moribundos, y ello en recompensa por haberle salvado el santo una vez de las asechanzas de Herodes; 3^{ro} por el sublime honor de que gozó José al ser asistido en el punto de la muerte por Jesús y María. ¿Qué nueva razón importante hay para que nos inflamemos en su devoción?

Deseosos, pues, de proporcionar a nuestros lectores los rasgos principales de la vida de San José, hemos buscado entre las obras ya publicadas algunas que sirvieran a este fin. Muchas de ellas se publican desde hace algunos años, pero, bien porque eran demasiado voluminosas o demasiado ajenas en su sublimidad al estilo popular, bien porque carecían de datos históricos y estaban escritas con el objetivo de servir de meditación más que de instrucción, no se adaptaban a nuestro propósito. Aquí, por tanto, hemos recogido del Evangelio y de algunos de los autores más acreditados la información principal sobre la vida de este santo, con algunas reflexiones apropiadas de los santos Padres.

La veracidad de la narración, la sencillez del estilo y la autenticidad de la información harán, esperamos,

agradable este leve esfuerzo. Si la lectura de este opúsculo sirve para procurar al casto esposo de María, aunque sólo sea un devoto más, ya nos sentiremos abundantemente satisfechos.

Capítulo I. Nacimiento de San José. Su lugar de origen.

Ioseph, autem, vir eius cum esset iustus (José, su esposo siendo justo. – Mt. 1,19)

A unas dos leguas [9,7 km] de Jerusalén, en la cima de una colina, cuyo suelo rojizo está sembrado de olivares, se levanta una pequeña ciudad famosa desde siempre por el nacimiento del niño Jesús, la ciudad de Belén, de la que tomó su origen la familia de David. En esta pequeña ciudad, hacia el año del mundo 3950, nació aquel que, según los elevados designios de Dios, iba a convertirse en el guardián de la virginidad de María y en el padre adoptivo del Salvador de la humanidad.

Sus padres le dieron el nombre de José, que significa *aumento*, como para dar a entender que fue aumentado con los dones de Dios y colmado pródigamente de todas las virtudes desde su nacimiento.

Dos evangelistas nos transmitieron la genealogía de José. Su padre se llamaba Jacob, según san Mateo (Mt 1,16), y según san Lucas se llamaba Elí (Lc 3,23); pero la opinión más común y más antigua es la que nos ha transmitido Julio Africano, que escribió a finales del siglo II de la era cristiana. Fiel a lo que le contaron los propios parientes del Salvador, nos dice que Jacob y Elí eran hermanos y que, habiendo muerto Elí sin descendencia, Jacob se casó con su viuda, como prescribía la ley de Moisés, y de este matrimonio nació José.

Del linaje real de David, descendiente de Zorobabel, que trajo de vuelta al pueblo de Dios del cautiverio de Babilonia, los padres de José habían caído muy lejos del antiguo esplendor de sus antepasados en cuanto a riqueza temporal. Según la tradición, su padre era un pobre jornalero que se ganaba el sustento diario con el sudor de su

frente. Pero Dios, que no admira la gloria que se disfruta ante los hombres, sino el mérito de la virtud ante sus propios ojos, le eligió para ser el guardián del Verbo descendido sobre la tierra. Además, la profesión de artesano, que en sí misma no tiene nada de abyecta, gozaba de gran honor en el pueblo de Israel. En efecto, todo israelita era artesano, porque todo padre de familia, cualquiera que fuera su fortuna y la altura de su rango, estaba obligado a hacer que su hijo aprendiera un oficio, a menos que, según la ley, quisiera convertirse en un ladrón.

Poco sabemos de la infancia y juventud de José. De la misma manera que el nativo, para encontrar el oro con el cual debe forjar su fortuna, se ve obligado a lavar la arena del río para extraer de ella el metal precioso que sólo se encuentra en partículas muy pequeñas, así nosotros estamos obligados a buscar en el Evangelio esas pocas palabras que el Espíritu Santo dejó esparcidas aquí y allá sobre José. Pero como el nativo al lavar su oro le da todo su esplendor, así al reflexionar sobre las palabras del Evangelio encontramos apropiado para San José el elogio más hermoso que se puede hacer de una criatura. El libro sagrado se contenta con decirnos que era un hombre justo. ¡Oh admirable palabra que por sí sola expresa mucho más que discursos enteros! José era un hombre justo, y gracia a esta justicia debía ser juzgado digno del sublime ministerio del padre adoptivo de Jesús.

Sus piadosos padres se preocuparon de educarlo en la práctica austera de los deberes de la religión judía. Sabiendo cuánto influye la educación temprana en el futuro de los niños, se esforzaron por hacerle amar y practicar la virtud tan pronto como su joven inteligencia fue capaz de apreciarla. Además, si es cierto que la belleza moral se refleja en el exterior, bastaba echar un vistazo a la querida persona de José para leer en sus rasgos el candor de su alma. Según autorizados escritores, su rostro, su frente, sus ojos, todo su cuerpo exudaban la más dulce pureza y le hacían asemejarse a un ángel descendido de la tierra.

(“Había en José una modestia exaltada, un pudor, una prudencia suprema, era excelente en la piedad hacia Dios y resplandecía con una maravillosa belleza de cuerpo”. Eusebio de Cesarea, lib. 7 De praep. Evang. apud Engelgr. in Serm. s. Joseph).

Capítulo II. Juventud de José – Traslado a Jerusalén – Voto de castidad.

Bonum est viro cum portaverit iugum ab adolescentia sua. (Es bueno para un hombre llevar el yugo desde su adolescencia. – Lam. 3,27)

Apenas sus fuerzas se lo permitieron, José ayudó a su padre en el trabajo. Aprendió el oficio de carpintero, que, según la tradición, era también el oficio de su padre. ¡Cuánta aplicación, cuánta docilidad tuvo que emplear en todas las lecciones que recibió de su padre!

Su aprendizaje terminó precisamente entonces, cuando Dios permitió que sus padres le fueran arrebatados por la muerte. Lloró a quienes habían cuidado de su infancia; pero soportó esta dura prueba con la resignación de un hombre que sabe que no todo acaba con esta vida mortal y que los justos son recompensados en un mundo mejor. Ahora que ya no le retenían en Belén, vendió su pequeña propiedad y fue a establecerse en Jerusalén. Esperaba encontrar allí más trabajo que en su ciudad natal. Por otra parte, se acercó al templo, donde su piedad le atraía continuamente.

Allí pasó José los mejores años de su vida, entre el trabajo y la oración. Dotado de una perfecta probidad, no intentaba ganar más de lo que su trabajo merecía, él mismo fijaba el precio con una admirable buena fe, y sus clientes nunca se sentían tentados de rebajarle el precio, porque conocían su honradez. Aunque estaba todo él concentrado en su trabajo, nunca permitía que sus pensamientos se alejaran de Dios. ¡Ah! si uno pudiera aprender de José este precioso arte de trabajar y rezar al mismo tiempo, obtendría sin duda un doble beneficio; iaseguraría así la vida eterna ganándose el pan de cada día con mucha mayor satisfacción y provecho!

Según las tradiciones más respetables, José pertenecía a la secta de los esenios, secta religiosa que existía en Judea en la época de su conquista por los romanos. Los esenios profesaban una austeridad mayor que los demás judíos. Sus principales ocupaciones eran el estudio de la ley divina y la práctica del trabajo y la caridad, y en general eran admirados por la santidad de sus vidas. José, cuya alma pura aborrecía la más ligera inmundicia, se había unido a una clase del pueblo cuyas reglas correspondían tan bien a las aspiraciones de su corazón; incluso, como dice el venerable Beda, había hecho voto formal de castidad perpetua. Y lo que nos confirma en esta creencia es la afirmación de San Jerónimo, que nos dice que José nunca se había preocupado por el matrimonio antes de convertirse en esposo de María.

Por esta vía oscura y oculta, José se preparó, sin saberlo, para la sublime misión que Dios le tenía reservada. Sin otra ambición que cumplir fielmente la voluntad divina, vivía alejado del mundanal ruido, dividiendo su tiempo entre el trabajo y la oración. Tal había sido su juventud, tal también, según creía, era su deseo de pasar su vejez. Pero Dios, que ama a los humildes, tenía otros cuidados para su fiel servidor.

Capítulo III. Matrimonio de San José.

Faciamus ei adiutorium simile sibi. (Hagamos al hombre una semejante a él. – Gn. 2,18)

José estaba entrando en la cincuentena, cuando Dios lo sacó de la apacible existencia que llevaba en Jerusalén. Había en el templo una joven Virgen de padres consagrados al Señor desde su infancia.

Del linaje de David, era hija de los dos santos ancianos Joaquín y Ana, y se llamaba María. Su padre y su madre habían muerto hacía muchos años, y la carga de su educación quedó enteramente en manos de los sacerdotes de Israel. Cuando cumplió los catorce años, edad fijada por la ley para el matrimonio de las jóvenes doncellas, el gran

Pontífice se preocupó de procurar a María un esposo digno de su nacimiento y de su alta virtud. Pero se presentó un obstáculo; María había hecho voto al Señor de su virginidad.

Ella respondió respetuosamente que, puesto que había hecho el voto de virginidad, no podía romper sus promesas de matrimonio. Esta respuesta desconcertó mucho las ideas del sumo sacerdote.

No sabiendo cómo conciliar el respeto debido a los votos hechos a Dios con la costumbre mosaica que imponía el matrimonio a todas las doncellas de Israel, reunió a los ancianos y consultó al Señor al pie del tabernáculo de la alianza. Habiendo recibido las inspiraciones del Cielo y convencido de que algo extraordinario se ocultaba en este asunto, el Sumo Sacerdote resolvió convocar a los numerosos parientes de María, a fin de elegir entre ellos al que debía ser el afortunado esposo de la Virgen bendita.

Todos los solteros de la familia de David fueron, pues, convocados al templo. José, aunque mayor, estaba con ellos. El Sumo Sacerdote les anunció que se trataba de echar suertes para dar un esposo a María, y que la elección la haría el Señor, ordenó que todos estuvieran en el templo santo al día siguiente con una vara de almendro. La vara se colocaría sobre el altar, y aquel cuya vara hubiera florecido sería el favorito del Altísimo para ser el consorte de la Virgen.

Al día siguiente, una gran multitud de jóvenes acudió al templo con sus ramas de almendro, y José con ellos; pero, ya fuera por espíritu de humildad o por el voto que había hecho de virginidad, en lugar de presentar su rama la escondió bajo su manto. Todas las demás ramas fueron colocadas sobre la mesa, los jóvenes salieron con el corazón lleno de esperanza, y José calló y se reunió con ellos. El templo estaba cerrado y el Sumo Sacerdote aplazó la reunión hasta mañana. Apenas había salido el nuevo sol, y los jóvenes ya estaban impacientes por conocer su destino.

Cuando llegó la hora señalada, se abrieron las puertas sagradas y apareció el Pontífice. Todos se agolparon para ver el resultado. No había florecido ninguna vara.

El Sumo Sacerdote se postró con el rostro en tierra ante el Señor, y le interrogó sobre su voluntad, y si por su falta de fe, o por no haber entendido su voz, no había aparecido en las ramas la señal prometida. Y Dios le contestó que la señal prometida no se había producido porque entre aquellas tiernas varas faltaba la ramita de la deseada del Cielo; que buscara y viera cumplida la señal. Pronto se buscó a la persona que había robado la rama.

El silencio, el casto rubor que enrojeció las mejillas de José, no tardaron en delatar su secreto. Conducido ante el santo Pontífice, confesó la verdad: pero el sacerdote vislumbró el misterio y, llevando aparte a José, le interrogó por qué había desobedecido así.

José respondió humildemente que hacía tiempo que tenía en mente alejar de sí aquel peligro, que hacía tiempo que tenía resuelto en su corazón no casarse con ninguna doncella, y que le parecía que Dios mismo le había consolado en su santo propósito, y que él mismo era demasiado indigno de una doncella tan santa como sabía que era María; por eso debía entregarse a otro más santo y más rico.

Entonces el sacerdote empezó a admirar el santo consejo de Dios, y a José ya no le dijo: Ten buen ánimo, hijo: deja tu ramita como los demás y espera el juicio divino. Seguramente, si te elige, encontrarás en María tanta santidad y perfección por encima de todas las demás doncellas, que no tendrás que utilizar oraciones para persuadirla de tu propósito. Al contrario, ella misma te rogará lo que quieras, y te llamará hermano, tutor, testigo, esposo, pero nunca marido.

José, convencido de la voluntad del Señor por las palabras del Sumo Pontífice, dejó su rama con los demás y se retiró en santo recogimiento a orar.

Al día siguiente se congregó de nuevo la asamblea en torno al Sumo Sacerdote, y he aquí que en la rama de José brotaban flores blancas y gruesas, con hojas suaves y tiernas.

El Sumo Sacerdote lo mostró todo a los jóvenes

reunidos, y les anunció que Dios había elegido para esposo de María, hija de Joaquín, a José, hijo de Jacob, ambos de la casa y familia de David. Al mismo tiempo se oyó una voz que decía: "¡Oh mi fiel siervo José! a ti te está reservado el honor de casarte con María, la más pura de todas las criaturas; cúmplesle todo lo que ella te diga".

José y María, reconociendo la voz del Espíritu Santo, aceptaron esta decisión y consintieron en un matrimonio que no perjudicara su virginidad.

Según San Jerónimo, el matrimonio se celebró el mismo día con la mayor sencillez.

Una tradición de la Historia del Carmelo cuenta que entre los jóvenes reunidos para aquella ocasión había un joven apuesto y vivaz que aspiraba ardientemente la mano de María. Cuando vio florecer la rama de José y desvanecerse sus esperanzas, se quedó atónito y sin sentimientos. Pero en aquel tumulto de afecto, el Espíritu Santo descendió dentro de él y cambió de repente su corazón. Levantó el rostro, sacudió la rama inútil y con fuego inusitado dijo: "Yo -dijo- no era para ella. Ella no era para mí. Y nunca seré de otro. Seré de Dios". Rompió la rama y la arrojó fuera de sí, diciendo: Vete con todo pensamiento de matrimonio. Al Carmelo, al Carmelo con los hijos de Elías. Allí tendré la paz que por ahora me sería imposible en la ciudad. Dicho esto, fue al Carmelo y pidió ser aceptado también entre los hijos de los Profetas. Fue aceptado, progresó rápidamente allí en espíritu y virtud, y se convirtió en profeta. Es aquel Agabo que predijo prisiones y encarcelamientos al Apóstol San Pablo. Ante todo, fundó un santuario a María en el Monte Carmelo. La santa Iglesia celebra su memoria en sus esplendores, y los hijos del Carmelo lo tienen por hermano.

José, llevando de la mano a la humilde Virgen, se presentó ante los sacerdotes acompañado de algunos testigos. El modesto artesano ofreció a María un anillo de oro, adornado con una piedra amatista, símbolo de la fidelidad virginal, y

al mismo tiempo le dirigió las palabras sacramentales: “Si consientes en ser mi esposa, acepta esta prenda”. Al aceptarlo, María quedó solemnemente ligada a José, aunque aún no se hubieran celebrado las ceremonias matrimoniales.

Este anillo ofrecido por José a María se conserva aún en Italia, en la ciudad de Perugia, a la que, tras muchas vicisitudes y controversias, le fue finalmente concedido por el papa Inocencio VIII en 1486.

Capítulo IV. José regresa a Nazaret con su esposa.

Erant cor unum et anima una. (Eran un solo corazón y una sola alma. – Hch 4:32)

Una vez celebrado el matrimonio, María regresó a su Nazaret natal con siete vírgenes que el Sumo Sacerdote le había concedido como compañeras.

Debía esperar la ceremonia nupcial en oración y confeccionar su modesto ajuar nupcial. San José permaneció en Jerusalén para preparar su morada y disponerlo todo para la celebración del matrimonio.

Al cabo de unos meses, según las costumbres de la nación judía, se celebraron las ceremonias que debían seguir a la boda. Aunque ambos eran pobres, José y María dieron a esta celebración toda la pompa y circunstancia que les permitían sus limitados medios. María dejó entonces su casa de Nazaret y vino a vivir con su marido a Jerusalén, donde iba a celebrarse la boda.

Una antigua tradición cuenta que María llegó a Jerusalén en una fría tarde de invierno y que la luna hacía brillar sus rayos de plata sobre la ciudad.

José se dirigió al encuentro de su joven compañera a las puertas de la ciudad santa, seguido de una larga procesión de parientes, cada uno de ellos con una antorcha en la mano. El cortejo nupcial condujo a la pareja a casa de José, donde éste había preparado el banquete nupcial.

Cuando entraron en la sala del banquete y los invitados ocuparon los lugares que les habían sido asignados

en la mesa, el patriarca se acercó a la santa Virgen: "Serás como mi madre -le dijo- y te respetaré como al altar mismo del Dios vivo". En adelante, dice un erudito escritor, a los ojos de la ley religiosa no fueron más que hermano y hermana en matrimonio, aunque su unión se conservó íntegramente. José no permaneció mucho tiempo en Jerusalén después de las ceremonias nupciales; los dos santos esposos abandonaron la ciudad santa para dirigirse a Nazaret, a la modesta casa que María había heredado de sus padres.

Nazaret, cuyo nombre hebreo significa flor de los campos, es una pequeña y hermosa ciudad, pintorescamente encaramada en la ladera de una colina, al final del valle de Esdrelón. Fue, pues, en esta agradable ciudad donde José y María vinieron a establecer su hogar.

La casa de la Virgen constaba de dos habitaciones principales, una de las cuales servía de taller a José, y la otra era para María. El taller, donde trabajaba José, consistía en una habitación baja de tres o cuatro metros de ancho por otros tantos de largo. Allí se veían distribuidas ordenadamente las herramientas necesarias para su profesión. En cuanto a la madera que necesitaba, una parte permanecía en el taller y la otra fuera, lo que permitía al santo obrero trabajar al aire libre gran parte del año.

En la parte delantera de la casa había, según la costumbre oriental, un banco de piedra sombreado por esteras de palma, donde el viajero podía descansar sus miembros cansados y resguardarse de los abrasadores rayos del sol.

La vida que llevaban estos esposos privilegiados era muy sencilla. María se ocupaba de la limpieza de su pobre morada, trabajaba su ropa con sus propias manos y lavaba la de su marido. En cuanto a José, ahora fabricaba una mesa para las necesidades de la casa, o carros o yugos para los vecinos de quienes había recibido el encargo; ahora, con su brazo aún vigoroso, subía a la montaña para cortar los altos sicómoros y los terebintos negros que debían servir para la construcción de las cabañas que levantó en el valle.

Su joven y virtuosa compañera no le hizo esperar,

sino que ella misma le secaba la frente empapada de sudor, le dio el agua tibia que había calentado para lavarle los pies y le sirvió la frugal cena que le devolvería las fuerzas. Consistía principalmente en pequeños panes de cebada, productos lácteos, fruta y algunas legumbres. Luego, cuando terminó la noche, un sueño reparador preparó a nuestro santo Patriarca para reanudar mañana sus ocupaciones cotidianas. Esta vida, laboriosa y dulce al mismo tiempo, había durado unos dos meses, cuando llegó la hora señalada por la Providencia para la encarnación del Verbo divino.

Capítulo V. La Anunciación de María Santísima

Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum. (He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. – Lc. 1:38)

Un día José había ido a trabajar a una aldea vecina. María estaba sola en casa y, como era su costumbre, oraba mientras estaba ocupada hilando lino. De repente, un ángel del Señor, el arcángel Gabriel, descendió a la pobre casa todo resplandeciente con los rayos de la gloria celestial, y saludó a la humilde Virgen, diciéndole: “Te saludo, llena de gracia; el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres”. Tan inesperado elogio produjo una profunda turbación en el alma de María. Para tranquilizarla, el Ángel le dijo: “No temas, oh María, porque has hallado gracia ante los ojos de Dios. He aquí que concebirás y darás a luz un hijo, que se llamará Jesús. Será grande y se llamará Hijo del Altísimo. El Señor le dará el trono de David, su padre; reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin”. “¿Cómo será esto posible”, preguntó la humilde Virgen, “si no conozco a nadie?”

No podía conciliar su promesa de virginidad con el título de Madre de Dios. Pero el Ángel le respondió: “El Espíritu Santo descenderá en ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; el fruto santo que nacerá de ti será llamado hijo de Dios”. Y para dar una prueba de la

omnipotencia de Dios, el arcángel Gabriel añadió: “He aquí que Isabel, tu prima, ha concebido un hijo en su vejez, y la que era estéril ya está en el sexto mes de su embarazo. Porque nada hay imposible para Dios”.

Ante estas divinas palabras, la humilde María no encontró nada más que decir: “He aquí la esclava del Señor”, respondió al Ángel, “hágase en mí según tu palabra”. El Ángel desapareció; el misterio de los misterios se había cumplido. El Verbo de Dios se había encarnado para la salud de la humanidad.

Hacia el anochecer, cuando José regresó a la hora acostumbrada, después de haber terminado su trabajo, María no le dijo nada del milagro del que había sido objeto.

Se contentó con anunciarle el embarazo de su prima Isabel: y como deseaba visitarla, como esposa sumisa pidió permiso a José para emprender el viaje, que por cierto era largo y fatigoso. Él no tuvo nada que negarle y ella partió en compañía de algunos parientes. Es de creer que José no pudo acompañarla a casa de su prima, porque tenía sus ocupaciones en Nazaret.

Capítulo VI. La inquietud de José – Un ángel le tranquiliza.

Ioseph, fili David, noli timere accipere Mariam coniugem tuam, quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est. (José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo concebido en ella es por el Espíritu Santo. – Mt. 1:20)

S. Isabel vivía en las montañas de Judea, en una pequeña ciudad llamada Hebrón, a setenta millas [113 km] de Nazaret. No seguiremos la pista de María en su viaje; nos basta con saber que María permaneció unos tres meses con su prima.

Pero el regreso de María preparó a José para una prueba que iba a ser el preludio de muchas otras. No tardó en darse cuenta de que María se encontraba en un estado interesante y, por tanto, atormentada por ansiedades mortales. La ley le autorizaba a acusar a su esposa ante los sacerdotes

y a cubrirla de deshonra eterna; pero tal paso repugnaba a la bondad de su corazón y a la alta estima en que hasta entonces había tenido a María. En esta incertidumbre, resolvió abandonarla y expatriarse para rechazar únicamente sobre sí todo lo odioso de tal separación. De hecho, ya había hecho los preparativos para partir, cuando un ángel descendió del Cielo para tranquilizarle:

“José, hijo de David”, le dijo el mensajero celestial, “no temas recibir a María por consorte, pues lo concebido en ella es por el Espíritu Santo. Dará a luz un hijo al que pondrás por nombre Jesús, porque librá a su pueblo de sus pecados”.

En adelante, José, completamente tranquilo, concibió la más alta veneración por su casta esposa; vio en ella el tabernáculo viviente del Altísimo, y sus cuidados no fueron sino más tiernos y respetuosos.

Capítulo VII. Edicto de César Augusto. – El censo. – Viaje de María y José a Belén.

Tamquam aurum in fornace probavit electos Dominus. (Dios probó a los elegidos como oro en el horno. – Sab. 3:6.)

Se acercaba el momento en que el Mesías prometido a las naciones iba a aparecer por fin en el mundo. El Imperio Romano había alcanzado entonces el apogeo de su grandeza.

César Augusto, al hacerse con el poder supremo, realizó aquella unidad que, según los designios de la Providencia, debía servir a la propagación del Evangelio. Bajo su reinado cesaron todas las guerras y se cerró el Templo de Jano (en aquella época era costumbre en Roma mantener abierto el Templo de Jano durante la guerra y cerrarlo en tiempos de paz). En su orgullo, el emperador romano quiso conocer el número de sus súbditos, y para ello ordenó un censo general en todo el imperio.

Cada ciudadano debía censarse a sí mismo y a toda su familia en su ciudad natal. José tuvo, pues, que abandonar su pobre casa para obedecer las órdenes del emperador; y como

era del linaje de David, y esta ilustre familia procedía de Belén, tuvo que ir allí para ser empadronado.

Era una triste y brumosa mañana del mes de diciembre del año 752 de Roma, cuando José y María abandonaron su pobre hogar de Nazaret para dirigirse a Belén, adonde les llamaba la obediencia debida a las órdenes del soberano. Sus preparativos para la partida no fueron largos. José metió algunas ropas en un saco, preparó el tranquilo y manso caballo que debía transportar a María, que ya estaba en el noveno mes de su embarazo, y se envolvió en su gran manto. Entonces los dos santos viajeros partieron de Nazaret acompañados por las felicitaciones de sus parientes y amigos. El santo patriarca, con su bastón de viaje en una mano, sujetaba con la otra la brida de la yegua en la que iba sentada su esposa.

Tras cuatro o cinco días de marcha, divisaron Belén a lo lejos. Empezaba a amanecer cuando entraron en la ciudad. La montura de María estaba cansada; María, además, tenía gran necesidad de descansar: así que José partió rápidamente en busca de alojamiento. Recorrió todas las posadas de Belén, pero sus pasos fueron inútiles. El censo general había atraído allí a una multitud extraordinaria; y todas las posadas estaban a rebosar de forasteros. En vano fue José de puerta en puerta pidiendo albergue para su agotada esposa, y las puertas permanecieron cerradas.

Capítulo VIII. María y José se refugian en una pobre cueva. – Nacimiento del Salvador del mundo. – Jesús adorado por los pastores.

Et Verbum caro factum est. (Y el Verbo se hizo carne. – Jn. 1:14.)

Algo desanimados por la falta de toda hospitalidad, José y María abandonaron Belén con la esperanza de encontrar en el campo el asilo que la ciudad les había negado. Llegaron a una cueva abandonada, que ofrecía cobijo a los pastores y sus rebaños por la noche y en los días de mal

tiempo. Había un poco de paja en el suelo, y un hueco en la roca servía también de banco para descansar y de pesebre para los animales. Los dos viajeros entraron en la cueva para descansar de las fatigas del viaje y calentarse los miembros resacos por el frío del invierno. En este miserable refugio, lejos de la mirada de los hombres, María dio al mundo al Mesías prometido a nuestros primeros padres. Era medianoche, José adoró al niño divino, lo envolvió en paños y lo depositó en el pesebre. Era el primero de los hombres a quien correspondía el incomparable honor de ofrecer homenaje a Dios, que había descendido a la tierra para redimir los pecados de la humanidad.

Unos pastores vigilaban sus rebaños en el campo cercano. Se les apareció un ángel del Señor y les anunció la buena nueva del nacimiento del Salvador. Al mismo tiempo se oyeron coros celestiales que repetían: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". Aquellos hombres sencillos no dudaron en seguir la voz del ángel. "Vayamos -se dijeron- a Belén y veamos lo que ha sucedido". Y sin más preámbulos entraron en la cueva y adoraron al divino niño.

[\(continuación\)](#)

**¿El agua bendita, las
bendiciones y otros
sacramentales tienen aún**

valor?

Asistimos hoy a una indiferencia o desprecio por los sacramentales. Las bendiciones sobre las personas, el agua, las imágenes religiosas y su uso, al igual que otros sacramentales, ya no tienen valor a los ojos de muchos cristianos de hoy. Seguramente esta actitud tiene algo que ver con abusos o supersticiones que han distorsionado su verdadero significado. Pero no se puede negar que también existe una gran ignorancia sobre ellos. Intentemos arrojar algo de luz al respecto.

En los orígenes, los sacramentales (también llamados pequeños sacramentos) eran simples ceremonias que acompañaban la celebración de los siete sacramentos, así como las obras piadosas y toda la oración canónica de la Iglesia. En la actualidad, la noción de sacramentales se reserva a ciertos ritos, instituidos por la Iglesia, que no forman parte en sí mismos de la celebración de los siete sacramentos, pero que son similares en su estructura a los sacramentos, y que la Iglesia utiliza para obtener, mediante su impetración, efectos principalmente espirituales.

Los sacramentales son signos sagrados por medio de los cuales, con una cierta imitación de los sacramentos, se significan efectos primordialmente espirituales y, mediante su impetración por la Iglesia, se obtienen. A través de ellos, las personas se disponen a recibir el efecto principal de los sacramentos y se santifican las diversas circunstancias de la vida (Catecismo de la Iglesia Católica – CIC, 1667).

Son instituidos por la Iglesia para la santificación de ciertos ministerios eclesiales, de ciertos estados de vida, de muy diversas circunstancias de la vida cristiana, así como para el uso de cosas útiles a la persona. Implican siempre una oración, acompañada a menudo de un signo determinado, como la imposición de las manos, la señal de la cruz, la aspersion con agua bendita (CIC, 1668).

Los sacramentales no confieren la gracia del Espíritu Santo a la manera de los sacramentos, sino que, mediante la oración de la Iglesia, preparan a recibir la gracia y disponen a cooperar con ella (CIC 1670).

Son, ante todo, **bendiciones** de personas, de objetos, de lugares.

Las bendiciones también tiene un alcance más duradero, las **consagraciones** tienen por efecto consagrar las personas a Dios y de reservar objetos y lugares para el uso litúrgico, como la bendición del abad o de la abadesa, de un monasterio, la consagración de vírgenes, el rito de la profesión religiosa y las bendiciones para determinados ministerios eclesiales (lectores, acólitos, catequistas, etc.), o como la dedicación o bendición de una iglesia o altar, la bendición de óleos sagrados, vasos y ornamentos sagrados, campanas, etc.

Y los **exorcismos** también son, es decir, una petición que la Iglesia hace públicamente y con autoridad, en nombre de Jesucristo, para que una persona u objeto sea protegido contra la influencia del Maligno y sustraído a su dominio (CIC 1671-1673).

Son establecidos por la Iglesia, y sólo la Sede Apostólica puede establecer nuevos sacramentales o interpretar auténticamente los ya aceptados, abolir algunos de ellos o modificarlos (Código de Derecho Canónico – CIC, c. 1167, § 1). Los sacramentales se presentan en el Ritual Romano (especialmente en el Ritual de Bendiciones y en el Ritual de Exorcismos), donde se recogen las formas y modalidades para impartirlos, exigiéndose la observancia cuidadosa de los ritos y fórmulas aprobados por la Iglesia (CDC, c. 1167, §2).

Su valor reside principalmente en la oración de la Iglesia (opus operantis Ecclesiae), pero para que produzcan su efecto se requiere una fe viva, porque los sacramentales no actúan como sacramentos ex opere operato, sino ex opere operantis, es decir, condicionados por la fe del beneficiario. Y aquí es

donde aparece la baja estima de los sacramentales: cuando no se reciben con fe, no producen ningún efecto y esto lleva a la falsa opinión de que no tienen virtud.

En su uso, hay que evitar tanto la falta de reverencia y respeto (son una intercesión de la Iglesia) como un uso de tipo supersticioso o mágico. Los objetos sacramentales no cambian la naturaleza de la realidad sobre la que actúan, sino que son una expresión de pertenencia a Dios.

Los objetos bendecidos no son amuletos (objetos de diversas naturalezas y formas a los que la superstición atribuye una virtud protectora contra la enfermedad o la desgracia, virtud que reside en el objeto mismo), sino que son signos sagrados que nos recuerdan que Dios está siempre cerca de nosotros con su gracia.

En resumen, los sacramentales consisten inmediata y primeramente en una oración de impetración que la Iglesia dirige a Dios, y sólo en segundo lugar y mediatamente, es decir, a través de esta oración de intercesión de la Iglesia, en una santificación, en cuanto que la Iglesia, mediante estos ritos, imparte de Dios la santificación de las personas o de las cosas.

Las personas y las cosas, sin ser convertidas en verdaderas causas instrumentales de la gracia, ni ser perfeccionadas y elevadas en sus cualidades naturales, sin embargo, en consideración a la oración imprecativa de la Iglesia, son tomadas bajo la especial protección o aceptación divina para el bien espiritual de quienes las poseen o usan con las debidas disposiciones, ofreciendo la oportunidad de obrar mejor su salvación.

Puesto que son cosas consagradas, esa misma aceptación de Dios implica también que Él concederá gracias especiales a quienes las utilicen con las debidas disposiciones de ánimo; y, puesto que son personas consagradas, implica en éstas un título moral ante Dios para obtener a su debido tiempo las gracias de

estado necesarias para cumplir los deberes que conlleva esa consagración permanente.

Se considera que en los sacramentales, la Iglesia pide y obtiene inmediatamente gracias reales para la persona a la que se los imparte, como la contrición de los pecados, actos de fe, de esperanza, de caridad, que son disposiciones favorables al buen uso de los sacramentos o actos de caridad perfecta. Al uso de los sacramentos y de los actos de caridad perfecta se considera que Dios ha reservado la gracia santificante o su aumento para que se dé inmediatamente (Cipriano Vagaggini, *El sentido teológico de la liturgia*).

Éstas son algunas explicaciones que intentan arrojar algo de luz sobre los sacramentales. Sin embargo, la confirmación de su valor procede, como siempre, de los santos.

San Juan Bosco los utilizaba mucho, y baste mencionar aquí sólo uno de ellos, el agua bendita, que también quería que utilizaran sus muchachos.

En su Reglamento del Oratorio recomendaba a los muchachos que: *"... al entrar en la Iglesia, cada uno que tome agua bendita haga bien la señal de la Santa Cruz y la genuflexión al altar del Sacramento"* (MB III, 100-101).

Y no sólo en la iglesia pedía el uso del agua bendita, sino también en los dormitorios y salas de estudio:

"El dormitorio se consideraba un santuario. En cada dormitorio, y luego en las salas de estudio, D. Bosco prescribió que hubiera una ostra con agua bendita, la cual se utilizaba" (MB IV, 339).

Inculcaba la eficacia del agua bendita siempre que podía. En una buena noche dijo a sus jóvenes:

"En San Pedro del Vaticano hay una pila de agua lustral verdaderamente hermosa. La pila está sostenida por un grupo que representa la tentación. Hay un diablo espantoso, con cuernos y cola, que corre tras un joven para apoderarse de

él. El pobre muchacho huye, pero está a punto de caer en las garras de esa fea bestia: en el acto de gritar de espanto, levanta los brazos, metiendo las manos en el agua bendita y el asustado demonio, a su vez, no se atreve a acercarse a él.

El agua bendita, queridos jóvenes, sirve para ahuyentar las tentaciones, y así lo dice el proverbio refiriéndose a quien huye con precipitación: – Huye como el diablo del agua bendita.

En las tentaciones, por tanto, y así principalmente al entrar en la iglesia, haced bien la señal de la Cruz, pues es allí donde os espera el demonio para haceros perder el fruto de la oración. La señal de la cruz repele al demonio durante un momento; pero la señal de la cruz con agua bendita lo repele durante mucho tiempo. Santa Teresa fue tentada un día. A cada asalto hacía la señal de la cruz, y la tentación cesaba, pero el asalto volvía unos minutos después. Finalmente, cansada de luchar, Santa Teresa se roció con agua bendita y el demonio tuvo que marcharse con el rabo entre las piernas” (MB VIII, 723-724).

San Juan Bosco siempre tuvo en gran estima los sacramentales. Su propia bendición sencilla era muy buscada por la gente porque producía efectos verdaderamente milagrosos. Habría que hacer una lista demasiado larga para recordar cuántas curaciones espirituales y corporales produjeron sus bendiciones recibidas en la fe. Para ello basta con leer su vida.